S.I.P.

SPACIAL INTERNATIONAL POLICE

UN GANGSTER EN LA SIP



UN GANGSTER EN LA S.I.P.



Un gangster

En la SIP

Por

Alan Star



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
B A R C E L O N A

Depósito legal B. 15.367 - 1960
Número de Registro: 5.784 - 60

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

T. G. PERALTA — Pasaje de Núria, 8 — BARCELONA

PRÓLOGO

Aquí va la imagen de Donald Callowan, tras su mesa de despacho. Sonríe, mirando al lector y señalando hacia él con el brazo izquierdo extendido. Bajo la mano derecha tiene un montón de folios. Detrás de él, sobre la pared, hay una enorme insignia de la Spacial International Police.

—¡Hola, amigos! Creo que no hace falta que me presente, aunque hasta ahora no habéis tenido muchas ocasiones de verme. Soy Donald Callowan, director de esos hombres cuyas andanzas seguís, estoy seguro, con interés sincero.

»Hoy he querido presentarme ante vosotros, porque también tenía yo ganas de conoceros a todos.

Y además porque tenía interés en charlar un poco y, al mismo tiempo, decir algunas cosas sobre el caso que la SIP va a presentaros hoy. Lo que voy a deciros es necesario para fijar la situación de las gentes que van a intervenir en él.

»Hay una cosa que tenía muchísimas ganas de deciros, aunque ya se me haya escapado algunas veces, cuando hablo con mis agentes. Se trata de llevar a vuestra mente la idea de que muchísimas veces son las mismas leyes las que crean un tipo especial de delincuencia. Dicen por ahí que la Ley hace la trampa.

Y nada es más verdad, sobre todo en algunos casos como el que hoy voy a presentaros.

«Naturalmente, no hay nada nuevo bajo el sol. No obstante la presente aventura, nos demuestra que los hombres pueden repetir las estupideces que les causaron serios disgustos, olvidando eso que llaman experiencia.

»¡Experiencia!

»¡Nunca aprenderemos bastante, amigos!

«¿Recordáis la Ley de Prohibición de bebidas alcohólicas en los Estados Unidos, conocida general y vulgarmente por «Ley Seca»? Seguro que la recordáis. Pero quien la recuerda es la Historia, en la que podéis leer que fue no sólo una de las leyes más absurdas que se hayan dictado, sino que gracias a ella tomó impulso el gangsterismo en América del Norte.

»Claro que los “gangsters” no han dejado de existir y que, al no poder dedicarse a la venta de bebidas alcohólicas, hacen mil cosas distintas: se

ocupan de los Sindicatos, intervienen en las zonas portuarias o se dedican a la trata de blancas...

«Pero lo verdaderamente tremendo es que en nuestra época, lejos ya de los errores del siglo XX, hayamos vuelto a repetir esos errores, con una precisión estúpida, como si hubiésemos querido repetir, exactamente, la situación de los Estados Unidos en los años veinte a los treinta y tantos.

»Parece imposible, ¿eh?

»Pues fue así. Claro que al principio los motivos parecieron distintos. Pero después, cuando nos dimos cuenta del estado de cosas, no pudimos por menos de pensar que se habían repetido los mismos crasos errores... de hacía cien años.

»La cosa empezó en la moderna ciudad de Marstown, capital del territorio marciano. Unos hombres puritanos en extremo, habiéndose enterado de un delito juvenil, intervinieron con el peso de su autoridad, cometiendo el error más grande de su vida.

»Pero vayamos al asunto.

»Una banda de jóvenes, que salían de un bar a altas horas de la noche bien cargados de alcohol, atacó brutalmente una casa de vecinos, destrozando muebles, hiriendo gravemente a algunas personas. Como resultado la banda juvenil perdió uno de sus miembros que se destrozó la cabeza al desplomarse escaleras abajo.

»El asunto podía haber sido enfocado de otro modo, encarcelando al que les vendió las bebidas y también a los muchachos, que hubieran podido ser llevados después a un Instituto Psicológico para ser desintoxicados para siempre.

»Pero no... Aquellos sesudos caballeros, entre los que se hallaban las autoridades más representativas de la ciudad, todavía no se sabe cómo, consiguieron del Consejo Mundial la orden de suprimir en la ciudad las bebidas alcohólicas. Sólo se consentían bebidas cuyo grado de alcohol fuera inferior a 0,07...

O sea, agua y sus derivados.

«Sonrieron complacidos los sesudos señores, plenamente convencidos de que habían arrancado de raíz un feo vicio de la humanidad. ¡Como si fuera tan sencillo! Porque no basta una ley o un decreto para arrancar de cuajo algo que es tan viejo como el Hombre. Hay otras medidas que pueden llegar a disminuir los efectos nocivos de ciertas cosas.

«¿Qué estaban esperando los bandidos de la ciudad?

«Fue como un regalo maravilloso, algo en lo que, con toda seguridad, no podían contar ni en sueños.

«Así, amigos míos, nos vimos envueltos una vez más en uno de los problemas más difíciles de resolver para la Policía. Claro que la SIP intervino... pero lo hizo de una manera especial, curiosa, como veréis

enseguida.

«Y este fue el original aspecto de aquel caso, ya que tuvimos que dar una credencial... ¡a un "gangster"!

«En fin, vosotros mismos juzgaréis ahora. Desde luego, los amantes de la violencia serán servidos como reyes. De eso no hay duda alguna.

«Y nada más, amigos. He tenido mucho gusto en charlar con vosotros unos minutos...

»¡Hasta la próxima!».



CAPÍTULO PRIMERO



A lluvia tamborileó unos instantes sobre los cristales, haciendo que Arthur levantase la cabeza de los papeles que estaba consultando.

Sonrió.

Al levantar la vista echó una ojeada complaciente a cuanto le rodeaba, en

aquel pequeño despacho en el que acababa de instalarse, con su persona, la Delegación de la SIP en Marstown.

Curioso, ¿eh?

Porque una ciudad como aquella, con su medio millón de habitantes, había merecido antes la presencia de los defensores más idóneos de la Ley. Pero las cosas son así. La «Spacial International Police» por aquel entonces luchaba para llegar a lo que sería después. Y el mundo era demasiado amplio para cubrirlo por entero con Delegaciones, como hubiese sido el deseo más ardiente de Donald Callowan, su director.

La presencia de Arthur Leean en aquel despacho significaba desde luego alguna cosa. La SIP había llegado a Marte y con un poco de suerte no pasaría mucho tiempo para que aquella ciudad poseyese unos efectivos como los merecía.

La policía local cuidaba momentáneamente de todos los problemas, que eran los de siempre. Y esa policía se defendía tan bien como podía, como cualquier otra fuerza legal de cualquier sitio de la Tierra. Casos resueltos, casos archivados... en fin, lo de siempre.

Claro que los efectivos de la policía no eran suficientes para un problema como el que acababa de caer sobre la ciudad. Pero, por el momento, nadie parecía darse cuenta de que la ley seca, votada dos semanas antes, iba a tener tan trágicas consecuencias.

Marstown estaba tranquila y nada parecía prever lo que se estaba forjando en sus bajos fondos.

Después de hacer girar su asiento, Arthur se levantó y se acercó a la ventana, y a través de los cristales, por los que las gotas corrían locamente, contempló el largo trazado de la avenida central con el puente allá abajo, sobre el Red River.

Le gustaba la ciudad. Era nueva y limpia, y sus edificios, hermosos y bien ideados. Llevaba poco tiempo allí, pero estaba seguro de que todo iba a gustarle y que llegaría cuando recibiese los hombres que Callowan le había prometido, a hacer que la paz reinase en aquel encantador lugar.

Bostezó, diciéndose que ya era hora de abandonar el despacho e ir a comer a alguna parte. Hacía más de dos horas que la noche había caído sobre la ciudad y no se había movido de allí desde después de la comida.

Colocando los papeles en las carpetas que les correspondían, encendió un cigarrillo, se puso su gabardina y se caló el flexible antes de abandonar el despacho. Pero, al cerrar la puerta, echó una ojeada a la placa que habían puesto el día anterior.

SPACIAL INTERNATIONAL POLICE
Sección de Marstown
Jefe: A. L. Leean

Volvió a sonreír.

El ascensor lo llevó hasta pisos más abajo, al amplio «hall» del edificio, que atravesó rápidamente para salir a la calle. Comprobó con satisfacción que la lluvia era menos densa, se dirigió a la zona de aparcamiento y sacó su coche, que condujo avenida arriba.

Una vez más fue mirando la intensa iluminación de Central Avenue, sus hermosas tiendas, con escaparates radiantes de luz. Y la gente, que a pesar de lo desapacible del tiempo se paseaba por las amplias aceras, sin parecer preocuparse más que por pasar un buen momento en su querida ciudad.

Frunció el ceño al ver de nuevo los letreros que en las puertas de bares y cafeterías decían con enormes letras: «No se sirven bebidas alcohólicas».

Aunque ¿qué importancia tenía aquello? La gente no parecía haberse dado cuenta de ello y sonreía feliz, yendo y viniendo por las calles, del brazo de sus mujeres o novias o llevando de la mano a sus hijos.

«Hermosa ciudad —pensó Arthur—. Tengo que hacer cuanto pueda para que esa gente no deje de sonreír...».

Una vez atravesado Central Bridge, Arthur se decidió ir a cenar a «The Laurel», una elegante «boîte» situada en el sector Norte y donde se comía bastante bien.

Contento, aceleró un poco. Después se detuvo ante la fachada iluminada del local, en la que, como en los demás, había el sempiterno letrero prohibiendo la venta de bebidas alcohólicas.

El interior estaba concebido con gusto y lujo, demostrando que su dueño había sabido emplear los cientos de miles de créditos que aquella instalación debió costarle.

Una minúscula pista de baile, completamente vacía a hora tan temprana, ocupaba sólo un lado de la inmensa sala. El resto estaba repleto de sillas y mesitas sobre cada una de las cuales había una lámpara de plástico con forma de laurel.

La luz matizada era agradable a la vista, y un perfume cuidadoso ponía la justa nota en el aire acondicionado del local.

No estaba mal.

Leean se sentó ante una de las mesas. Inmediatamente fue atendido por un elegante camarero que tomó nota de sus deseos.

—¿Qué quiere beber con la comida, señor?

Arthur sonrió.

—¿Es que hay algo más que agua o jugo de frutas?

El camarero le guiñó un ojo.

—Tenemos algo, si lo desea... claro que va a costarle diez créditos la botellita.

Aquello llamó la atención del agente, que con un gesto de asentimiento repuso:

—Probaremos.

En cuanto el otro se alejó Arthur encendió un cigarrillo, preguntándose qué demonios iban a servirle para atreverse a cobrarle diez créditos por botellita.

«Seguro —se dijo— que ya están empezando a inventar bebidas para sustituir las alcohólicas. Siempre ocurre igual: basta prohibir algo para que surjan mil cosas que intentan hacer olvidar la falta de lo prohibido. Aunque, en realidad, daría cualquier cosa por un buen trago de «whisky»...».

Estaba reflexionando sobre aquello, diciéndose que era mejor pensar en la estupenda comida que iban a servirle, cuando una voz agradable sonó a su espalda, obligándole a hacer un esfuerzo para no volverse de repente.

Una voz de mujer.

Una voz repleta de armonías, dulce como una caricia, cálida como un soplo de brisa en primavera.

Estaba haciendo poesía, pero no pudo evitarlo.

El tono de la voz, a pesar de su contenido, era suave como jamás había oído. Quizá por eso prestó una mayor atención a lo que la mujer estaba diciendo.

—Debéis dejarle tranquilo, Paul... Harry no se interfiere para nada en vuestros negocios.

—Pero yo puedo darle algo mejor, Susie... Él es amigo de Yost y quiero desembarazarme de ese idiota.

—¡Lo que quieres es que lo haga Harry!

—Claro. Le pagaré bien y le dejaré allí, en el barrio Sur, como mi lugarteniente. ¿Te parece poco?

Hubo una pausa.

Después, la voz de la muchacha resonó de nuevo, con inflexiones de súplica en su tono:

—Escucha, Paul... Tú y yo fuimos amigos, ya lo sabes. No lo has olvidado, ¿verdad?

—No.

—Me conoces lo suficiente para saber que soy una mujer que dice las cosas a la cara. Fuimos novios unos meses, pero no te amaba... quizá tú me querías...

—Eso ya está olvidado, Susie.

—Mejor. Ahora quiero a Harry, Paul. Le quiero con toda mi alma y nos casaremos en cuanto sea posible.

—¡A qué viene todo eso? Tus asuntos no me interesan, pequeña... Hace mucho tiempo que dejaron de interesarme. Lo que quiero ahora es que Harry haga ese trabajo para mí. Él y tú podréis vivir como nunca soñasteis hacerlo. Podrá comprarte todo lo que quieras, viviréis como príncipes, tendréis de todo...

—No me comprendes, Paul. Y créeme que lo siento. Harry está fuera de la Ley, lo sé... pero nunca ha matado a nadie. E incluso, si se presentase a la policía, pagaría con un par de años todos sus robos.

—¿No irás a decirme que estás influyendo para que Harry se entregue a la «poli»?

—Es la verdad. Quiero que empecemos una nueva vida, aunque tenga que

esperarle un par de años. ¡Compréndeme, Paul! Tú sabes tan bien como yo lo que ha sido mi vida hasta, ahora. Mi padre terminó en la Cámara Electrónica y yo no quiero tener que pasar las horrendas horas que padeció mi madre... en aquella noche, que nunca terminaba, y cuando mi padre estaba esperando el momento de la muerte. ¡No quiero, Paul! Y haré lo que pueda para que Harry se entregue. Lo tengo ya convenido y...

—¡Calla, idiota! Vas a estropear a uno de los tipos más decididos de la ciudad. Yo siempre me fijé en Harry. Porque sé que con una pistola en la mano sería capaz de llegar donde quisiera. ¡Y ahora vienes tú con esos cuentos de hadas!

—¡No lo son!

—Eso crees tú, preciosa... Sí, no creas que te he olvidado. Cuando éramos novios, siempre me estabas sermoneando. ¡Parece mentira que hayas olvidado cómo acabó tu padre!

—¡Porque no lo he olvidado es por lo que no quiero que Harry termine igual!

—No terminará igual, Susie... —la voz del hombre se hizo susurrante—. ¿Es que no lo comprendes, muchacha? La ley seca va a hacernos de oro. ¡Y hay que aprovechar esta ocasión única!

—No me interesa, Paul.

—¿Y qué me importa? Hablaré con él, ya que hacerlo contigo es perder el tiempo. Y ya verás cómo Harry me escucha... Es un hombre muy hombre. Y sabrá hacerte callar mejor que yo.

—Te equivocas.

—La que se equivoca eres tú.

—¿Equivocarme yo? ¡No te hagas ilusiones, Paul! No sabes lo que una mujer enamorada puede hacer por salvar al hombre al que quiere.

Paul exclamó:

—¿Qué insinúas...?

—Te hablaré con franqueza: o me prometes no molestar a Harry o, al salir de aquí, iré directamente a la policía para entregarle.

Ahora, al hablar, la voz del hombre silbaba entre sus dientes apretados, como si escupiese las palabras.

—¿Serías capaz de hacer esa cochinada, Susie?

—Bien sabes que sí.

—Está bien. Voy a hacerte una advertencia... yo no soy un medio hombre, tú lo sabes bien. Quiero ver a Harry y lo haré muy pronto, seguro de que le convenceré. Pero si tú te atreves a llevar a término lo que acabas de decirme... lo sentiré por ti.

—No me das miedo, Paul. Te conozco mucho mejor de lo que piensas y tú también me conoces a mí.

—Ya veremos. Las cosas han cambiado, Susie. Y ahora estoy dispuesto a todo por hacerme del barrio Sur... Luego veremos con los otros. Estamos empezando a fabricar nuestros propios licores, esperando poder traer otros de

la Tierra. Y mi fábrica produce mucho más de lo que mi barrio podría consumir. Por eso necesito quitar a Yost de en medio.

—¿Y por qué no lo haces tú mismo?

—Porque me interesa tener a alguien allí en quien pueda confiar. Y Harry es mi hombre...

—¡No dejaré que le eches a perder!

—Ya hablaremos... pero procura no hacer idioteces, pequeña...

Oyó los pasos del hombre que se alejaba y fue sólo entonces cuando se atrevió a volverse, parcialmente, como si mirase hacia el fondo.

El corazón le dio un vuelco.

Porque la muchacha era preciosa: una rubia de piel clara y formas esculturales, con un mohín en el rostro que, lejos de afearlo, le proporcionaba una nota de mayor personalidad.

Tenía los ojos azules y las cejas atrevidamente dibujadas, trazando dos semicírculos perfectos sobre ellos.

Era deliciosa.

Ella estaba llamando al camarero que, en aquel momento, traía la cena al joven. Y deteniéndose junto a la mesa de la muchacha preguntó:

—¿Qué desea?

—¿Qué debo?

—Está todo pagado, señorita Larsen.

—Bien. Gracias.

Ella se levantó y se alejó hacia el guardarropas con un balanceo discreto, pero no por eso menos impresionante.

Y cuando el camarero dejó la bandeja sobre la mesa, Arthur se puso en pie, decidido.

—Deje las cosas como están —pidió al hombre—, sin destaparlas. Volveré enseguida.

Y entregó un billete de cinco créditos al camarero. Éste sonrió.

El agente llegó al guardarropas a tiempo de ver que la muchacha salía por la puerta. Él pidió su gabardina y su sombrero y salió a su vez. En aquel momento Susie llamaba un taxi.

Saltó a su coche y apretó el acelerador. Vio que era sencillo seguir al vehículo que había tomado la muchacha.

Tomando por Central Avenue, el taxi pasó el puente, torciendo después a la derecha para penetrar en el barrio Sur.

Mientras seguía a la joven, Arthur se dijo que había tenido una suerte loca al sorprender aquella conversación, que le había revelado muchas cosas de las que no tenía ni la menor idea.

¿Así que, por lo que había oído, los delincuentes se preparaban a montar un fabuloso negocio de fabricación de bebidas adulteradas, de las que obtendrían fantásticos beneficios?

Y por eso las bandas se preparaban a imponerse, cada una por su lado, deseando destrozarse entre ellas para que el vencedor controlase la ciudad

entera...

«Tengo que enviar un informe a Callowan —se dijo, mientras veía que el coche de la muchacha se detenía ante un edificio bastante elegante—. Tengo que pedir refuerzos, ya que solo no podría hacer nada bueno...».

Delante del edificio había una verja y el taxi se había detenido media docena de metros antes de la entrada. La joven estaba pagando al chófer.

Con una hábil maniobra, Leean adelantó su vehículo, colocándolo delante del taxi.

Luego bajó.

Ella avanzaba ahora, mientras el taxi se alejaba.

Desde que había salido de «The Laurel», Arthur no había dejado de entrever la posibilidad de hablar con Susie, la cual, encontrándose en una verdadera encrucijada, podría ayudarle dándole preciosos informes sobre muchas cosas que él, por ser nuevo en la ciudad, desconocía por completo.

Por eso la esperó juntó al coche. Cuando la muchacha, llegó a su lado, se adelantó hacia ella.

—Un momento, señorita Larsen...

—¿Eh?

Ella se había sobresaltado, asustándose.

—No tema nada —se apresuró a decir él. Y para tranquilizarla totalmente, agregó con una sonrisa—: Soy de la policía...

—¿De la policía? ¿Y qué desea?

—Perdone, señorita. Por pura casualidad he oído lo que conversaban en «The Laurel» ese Paul y usted. Estaba en la mesa de al lado.

Ella sonrió débilmente.

—Me había asustado. Paul ha cambiado mucho y tengo miedo.

—No tema. Yo la ayudaré.

Y como ella no decía nada preguntó:

—¿Está dispuesta a convencer a su... novio?

—Desde luego. Cualquier cosa antes que Harry se deje arrastrar al crimen. Usted no lo conoce, señor. Pero es un hombre bueno en el fondo. Ha delinquido, es verdad, pero jamás hizo daño a nadie... Sólo robaba y yo estoy dispuesta, como él a que pague su deuda con la sociedad.

—Podría usted obtener mucho más... incluso la libertad condicional de ese hombre.

—¿Cómo?

—Contando a la policía ciertas cosas interesantes. Por lo que he oído, usted conoce bastante bien muchas cosas que les interesarían a las autoridades.

—Comprendo... pero no puedo hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque usted no conoce la ciudad. No perdonan a los delatores.

—Usted y su esposo podrían irse a la Tierra, lejos de aquí.

—No importaría nada. Nos seguirían hasta donde fuese. Usted no los

conoce, señor...

—Me llamo Arthur Leean y soy agente de la SIP. Hace poco que he llegado a la ciudad.

—Se ve enseguida, señor Leean. De todos modos, hablaré con Harry y ya veremos lo que él dice. Ahora, por favor, déjeme... Voy a casa y debo esperarle.

—¿No teme que Paul haya hablado antes con él?

—No me importa. Él me cree a mí... de eso puede estar seguro.

—Bien. Voy a darle mi dirección por si me necesita...

Y echó mano a la cartera.

Ni él ni ella habían notado nada. En realidad, el coche avanzaba silenciosamente y llegó a su altura sin que dejase oír el menor ruido.

Al estallar la primera ráfaga, Arthur, inconscientemente, dejó caer la cartera, girando velozmente sobre sus talones, al tiempo que la Luger Special aparecía como por ensalmo en su mano derecha.

—¡Tírese al suelo! —rugió.

E hizo fuego, cubriendo con el pecho a la muchacha, que se desplomaba, herida, en aquel momento.

Oprimió el gatillo, mientras sentía las balas adversarias morderle hondamente en la carne. Un gesto de rabia se pintó en su rostro y hasta pareció que fuese a sonreír.

Realmente, sus labios se entreabrieron sólo para dejar escapar un hilillo de sangre que manchó su blanca camisa.

Luego se inclinó, arrodillándose. Y, finalmente, cayó de bruces sobre la acera, dejando escapar la pistola, mientras a lo lejos se oía la sirena de la policía.

Una ligera llovizna había empezado a caer.

CAPÍTULO II



ETUVO Harry su vehículo ante el portalón central del hospital. El frenazo hizo volver la cabeza a algunos transeúntes.

Saltó del coche y subió la escalinata hacia la entrada.

Era un hombre alto, un metro noventa y seis, anchas espaldas y cuerpo

macizo, como si hubiera sido hecho de acero bien templado.

Ágilmente pero con una expresión sombría en el rostro, se detuvo ante la ventanilla de recepción del «hall».

—¿La señorita Susan Larsen? —preguntó con voz ronca.

La enfermera miró al hombre rápidamente. Le agradó mucho la piel tostada, el mentón voluntarioso, la nariz recta y los ojos verdes que en aquel instante parecían lanzar chispas.

—Está aquí, señor. Pero, si desea visitarla, tendrá que pedir permiso al inspector de policía que está en su habitación.

—Bien —cortó el hombre—. ¿Cuál es su habitación?

—La 202, señor —sonrió la enfermera—. Segunda planta.

—Gracias.

Ella se alzó un poco para seguir la marcha del hombre hacia los ascensores. Su alta figura no la decepcionó, diciéndose con cierta melancolía que bien podía tener ella la suerte de tropezar con un buen mozo como aquel.

Una vez en la planta segunda, Harry se dirigió hacia la habitación 202, siguiendo la numeración de las que había en el pasillo. Y cuando estuvo ante la puerta marcada con aquel, llamó con los nudillos lo más suavemente que pudo.

Tuvo que esperar, unos instantes, mordiéndose los labios de impaciencia.

Un hombre bajo, pero tan ancho de espaldas como él, apareció al abrirse la puerta. Le miró de arriba abajo, para lo que tuvo que levantar bastante la cabeza.

—¿Bien? —inquirió el hombre con voz gangosa.

Harry dijo:

—Soy el prometido de la señorita Lateen. Quiero verla.

—Pase.

El gordo cerró la puerta. Luego preguntó:

—¿Cómo se llama usted?

—Harry Renison.

—¿Lleva documentación?

—Sí, pero ¿para qué la necesita usted? ¿Es que no cree en mi palabra?

—Yo no estoy aquí para creer o no en su palabra, señor Renison. Estoy para evitar que los que dispararon sobre ella intenten terminar su obra... Y a propósito, ¿cómo supo lo sucedido?

—Fue al volver a casa... los vecinos lo habían visto desde las ventanas.

Había entregado su documentación al policía, que la examinó detenidamente.

—Bien —dijo devolviéndosela—. Es usted el hombre por el que no cesa de preguntar... Pase allí; la enfermera le guiará.

Iba Harry a dar la vuelta cuando el otro lo detuvo.

—Un momento. He de cachearle... no hay más remedio.

—De acuerdo.

Lo hizo el policía. Después anunció:

—Puede ir.

Harry penetró en otra habitación, una especie de vestíbulo, donde encontró a una enfermera.

—Vengo a ver a la señorita Larsen —repitió—. Es mi prometida.

Ella le miró con interés.

—No sé si el doctor autorizará visitas.

—¿Está mal?

—Bastante. ¿Se llama usted Harry?

—Sí.

—No hace más que preguntar por usted. Pase... Después de todo, no podemos negarle nada. ¡Pobrecilla!

Sintiendo que su corazón se paralizaba de dolor, Harry siguió a la muchacha y penetró en una habitación amplia y profusamente iluminada. Se precipitó hacia el lecho, donde el rostro de Susan parecía tan blanco como el de las sábanas que le rodeaban.

—¡Susie! ¡Cariño!

Ella tenía los ojos cerrados y la cabeza caída hacia un lado. Pero, al oír su voz, hizo un esfuerzo volviéndose y levantando penosamente los párpados, que debían pesarle como plomo.

—¡Harry! —dijo triste y con un esbozo de sonrisa en sus labios exangües.

Él se arrodilló a su lado, cogiéndole las manos, que cubrió de besos.

—¡Susie, querida! ¿Qué ha ocurrido?

Ella tardó en contestar, como si desease hacer un colosal esfuerzo para lograr despegar los labios.

—Querían... perderte... obligarte a matar...

—¿Quién, vida mía?

—Paul...

Harry exclamó:

—¿Mussen?

—Sí.

—Pero ¿por qué?

La voz de Susan se hizo más débil, como un susurro.

Y el hombre tuvo que inclinar la cabeza, acercando el rostro al de la muchacha.

—... el policía, Harry... se llamaba Arthur y se colocó ante mí... fue él quien recibió la descarga...

—Lo sé, amor mío... Me lo dijeron los Whessell, nuestros vecinos. Ya sé que el hombre intentó cubrirte... ¿Cómo estaba contigo?

—Oyó... lo que Paul me decía... en «The Laurel»... oyó sus amenazas... y me siguió...

Harry se dio cuenta de que la frente de Susan estaba perlada de sudor. Miles de minúsculas gotitas brillaban sobre la piel cerúlea.

Sacó el pañuelo del bolsillo de arriba de la chaqueta y secó con él, suavemente, la frente de la joven.

Luego recomendó:

—No te canses, Susie... no conviene que te fatigues. Ya tendrás tiempo de contármelo todo cuando te pongas bien.

Ella le miraba con los ojos desmesuradamente abiertos. Una luz intensa brillaba en sus hermosas pupilas azules.

—No... Harry... yo no saldré de ésta... pero quiero que me prometas que...

Se detuvo, respirando con dificultad.

—¿Qué quieres que haga, Susie? —inquirió él, sintiendo un extraño frío que le recorría la espalda.

—... son buenos, querido... gente que nos defiende... diles la verdad y abandona... esa vida... abandónala...

—¡Te lo prometo, querida. ¿Estás contenta?

Ella intentó sonreír y fue a decir algo. Pero la llegada de la enfermera, que empujaba el carrito de curas, hizo que Harry volviese la cabeza.

—Tiene que irse, señor... está muy débil y le he dejado con ella demasiado tiempo.

Harry Renison se puso en pie.

—Ya me voy, señorita —dijo el hombre, poniéndose en pie, sin fijarse en las manchas que habían quedado en las rodilleras de sus pantalones—. Ya me voy —repitió como un eco.

E inclinándose sobre Susan puso un beso en su frente.

Luego, dirigiéndose a la enfermera, dijo:

—Está muy fría, ¿sabe?

—Es natural —repuso la mujer—. Ha perdido mucha sangre. Voy a hacerle una nueva transfusión.

—Bien... bien... ¿Podré volver mañana?

—Creo que sí.

—Adiós, señorita, y muchas gracias por todo.

—Adiós.

Abandonó la habitación, atravesando el vestíbulo vacío para pasar después a la otra estancia.

El policía estaba sentado, con un periódico en la mano y la pipa apagada entre los labios.

Al ver aparecer a Harry levantó la cabeza.

—¿Cómo está? —preguntó.

Renison hizo un gesto ambiguo.

—Regular —dijo.

—No es de extrañar. A pesar de que el policía recibió casi toda la ráfaga en el vientre, muriendo poco después, tras una horrible agonía, su novia también recibió lo suyo.

—¿Ha muerto el policía?

—Sí.

Harry movió inquieto el sombrero entre las manos.

—¿Era... amigo suyo, inspector?

—No. Yo no lo conocía. En realidad, no era de los nuestros: pertenecía a la SIP y acababa de llegar para organizar una Delegación en la ciudad.

—¡Ah!

—Poco pudo hacer el pobre muchacho, ¿no le parece?

—Desde luego... Bueno, inspector, muchas gracias y hasta, mañana.

—Hasta mañana.

Harry salió al pasillo, arrastrando los pies camino del ascensor más cercano. Parecía, como si un peso enorme le hubiera caído sobre sus anchos hombros. Llevaba la cabeza baja y su mirada había perdido mucho del brillo que habitualmente había en ella.

Esperó a que el ascensor llegase y entró sin decir palabra. Instantes después salía al vestíbulo, caminando de la misma cansina manera.

—¡Eh, señor!

Tuvieron que llamarle dos veces para sacarle de su ensimismamiento, Volviéndose entonces, vio que quien le llamaba era la chica de la ventanilla.

Se acercó a ella.

—¿Es a mí? —preguntó ya junto a la abertura.

—Sí. Acaban de llamarme de arriba. ¿Sabe usted si esa señorita tiene familia?

—No tiene. Su padre murió... hace tiempo. ¿Por qué lo pregunta?

—Lo lamento mucho, señor... pero acaba de morir.

Él se la quedó mirando, con una mirada inexpresiva, casi estúpida, sin saber qué decir y menos qué pensar.

—De veras que lo lamento —insistió ella, sinceramente apenada por la expresión dolorosa del hombre.

—Gracias... muchas gracias... Yo soy su única familia...

—¿Volverá entonces para formular las disposiciones relativas al cadáver?

—Sí... vendré mañana... Ahora quiero irme... irme...

La voz se truncaba en su garganta.

Y ella asintió:

—Lo comprendo, señor... lo comprendo.

Él se dirigió hacia la puerta, la empujó y salió a la acera. Sin darse cuenta que había dejado el coche junto a ella, pasó rozándolo, caminando sin rumbo.

Entonces las lágrimas brotaron dóciles, resbalando por las curtidas mejillas, llevando algunas a la boca un amargo sabor de derrota.

Harry siguió andando bajo la lluvia, con el sombrero en la mano, completamente alejado de la realidad, con la mirada vaga, como un sonámbulo...

* * *

El hombre que le precedía penetró primero en la habitación fría, limpia. Había una especie de gigantesco archivo a la derecha: cajones enormes con mangos para tirar de color blanco y una ranura con tarjetas con nombres.

El hombre se dirigió a la última fila del fondo y puso su mano sobre el tirador de marfil.

—Está aquí —dijo con voz neutra de profesional.

Donald Callowan se detuvo junto a él y entornó los ojos cuando tiró del mango. Sin ruido, corriendo silenciosamente sobre sus bien aceitados cojinetes, el cajón salió de su lecho metálico, conteniendo en su interior el cuerpo desnudó de un hombre.

Al mismo tiempo que el cajón corría hacia afuera, sin aparente esfuerzo del hombre, una oleada de intenso frío salió de él, azotando el rostro de Callowan y produciéndole una sensación desagradable.

—Es éste, ¿verdad?

Donald asintió con la cabeza.

No cabía la menor duda de que aquel muchacho, cuyo rostro se había serenado un tanto después de la muerte, era Arthur Leean, el agente de la SIP vilmente asesinado cuando acababa de llegar a Marte.

El vientre mostraba aún los orificios de las balas, aunque ahora las heridas no sangraban, ofreciendo sólo a la emocionada mirada de Callowan sus labios rosados y exangües.

¡Arthur Leean!

Era muy fácil recordar ahora a aquel muchacho, revivir su entusiasmo, volver a oír mentalmente sus palabras llenas de fe en las cosas buenas de la vida. Y al contemplar en aquellos momentos su cadáver —algo frío y distinto, mucho menos real que los recuerdos que bullían en la mente de Callowan—, una tristeza sincera mordió el corazón del jefe de la SIP.

Permaneció allí unos instantes, bajo la indiferente mirada del empleado, para quien aquel espectáculo era algo corriente e intrascendente.

Luego, mirando al hombre, anunció:

—Mandaré a buscar el cuerpo. Tenemos que enviarlo a la Tierra.

—Como usted quiera, señor.

Donald abandonó el depósito de cadáveres, respirando con ansiedad el aire de la calle. Después recogió el coche y lo condujo hasta el edificio donde Arthur había instalado la primera oficina de la SIP en Marte.

No lo había visitado aún, pues tras la comunicación de la policía marciana había llegado al planeta y había ido directamente a ver al jefe de dicha policía, quien le aseguró que todas las fuerzas a sus órdenes estaban ya en acción, buscando afanosamente a los autores de aquel asesinato doble. La muchacha había muerto la noche anterior.

Con las llaves que la policía le había dado, junto a todos los objetos encontrados en los bolsillos del agente muerto, Callowan abrió la puerta del despacho y penetró en el interior de la oficina.

Miró los ficheros, flamantes y vírgenes aún, los muebles bien dispuestos y el ambiente de seriedad que se respiraba allí le complació. Luego, avanzando hacia la mesa, descubrió sobre esta un retrato suyo, que había dedicado al muchacho que ahora yacía en el archivo helado, del depósito.

«A Arthur Leean —decía la dedicatoria—, con el deseo de que consiga en la vida los triunfos resonantes que ha logrado en la Escuela de la SIP.

Cariñosamente, Donald Callowan».

Se sentó en el sillón y abrió la carpeta que el joven había estado estudiando. Vio algunas notas importantes sobre los resultados de la prohibición y, recordando lo que había estudiado sobre la ley seca en la «Historia de los Delitos», frunció el entrecejo al imaginar que una misma época de violencias pudiese desatarse por idéntico motivo.

Él había hablado con los miembros del Consejo Mundial, advirtiéndoles del peligro que podía acarrear tal medida.

Pero no le escucharon.

El gobernador de la ciudad marciana era un hombre de principios puritanos y estaba dispuesto a hacer de Marstown un ejemplo para el mundo entero.

Callowan se encogió de hombros.

«¡Allá él! —se dijo—. Lo que interesa es resolver el problema de las muertes de Leean y de esa muchacha, que no pueden quedar impunes...».

No podía quedarse mucho tiempo en el planeta, ya que otros asuntos importantes le reclamaban en la Tierra; pero aquello no le preocupaba.

Bastaba que telegrafiase a un cierto lugar de los Estados Unidos para que dos hombres —que pasaban el tiempo pescando allí— dejasen su soledad para poner en marcha la máquina justiciera más terrible de todos los tiempos.

¡El Servicio de Ejecuciones!

La SIP, cuando uno de sus hombres caía bajo las traidoras balas de los delincuentes, no se molestaba en detener a los culpables para entregarlos a la justicia oficial. El jefe de la «Spacial International Police» tomaba el teléfono y llamaba a aquellos dos hombres.

Dick Doe y Carlo Daveira.

Y cuando aquellos dos hombres dejaban sus pacíficas cañas de pescar en la casa que habitaban al norte de los Estados Unidos, la Muerte iba con ellos y no les dejaba hasta haberse quedado junto al o a los culpables de la desaparición de un agente.

Sí, haría aquello.

Estaba completamente seguro de que Carlo y Dick terminarían por descubrir a los asesinos y darles su merecido. Aunque, francamente, después de haber visto el cadáver de Arthur, le hubiera gustado acompañar personalmente al Servicio de Ejecuciones para poder apretar el gatillo contra los culpables al mismo tiempo que ellos.

—Piensa vengarle, ¿verdad?

Faltó poco para que Callowan diese un salto.

La verdad es que sentado, reflexionando, había cerrado los ojos y se hallaba realmente a mil millas de allí.

Por eso, cuando la voz sonó ante él, se sobresaltó, abriendo los ojos y encontrando como por ensalmo la silueta de un hombre al otro lado de la mesa del despacho.

CAPÍTULO III



L hombre le miraba con un brillo intenso en sus verdes pupilas. Era alto y fuerte; pero la expresión de su rostro era dura, implacable.

Se miraron unos instantes.

Luego Callowan preguntó:

—¿Quién es usted?

—Me llamo Harry Renison.

—¿Cómo entró aquí?

Una triste sonrisa entreabrió los labios del hombre.

—Soy ladrón de profesión y las puertas no tienen secretos para mí.

Callowan sonrió a su vez.

—Siéntese, Renison. Le escucho.

El otro no se hizo rogar y ocupó uno de los cómodos sillones que había a aquel lado de la mesa. Después sacó una pitillera de plata y la abrió, tendiéndola a Callowan, que cogió un cigarrillo.

Los encendieron y después Harry empezó:

—Supuse que vendría usted. Pero cuando llegué al depósito, ya se había ido. Menos mal que el guardián me dio la dirección de esta oficina.

Y echando una ojeada en derredor suyo preguntó:

—No pudo emplearla mucho ese muchacho, ¿eh?

—En efecto. Casi no le dieron tiempo a estrenarla.

—No lo he conocido, pero puede estar usted seguro de que hubiese dado

cualquier cosa por poder estrechar la mano de ese valiente.

—No entiendo.

—Yo soy... —un rictus amargo afloró a su boca—; es decir, era el prometido de Susan Larsen.

—¿La muchacha que ha muerto anoche?

—Sí.

Los ojos de Callowan se animaron.

—¿Sabe que me alegra mucho que haya venido a verme? Me estaba preguntando muchas cosas y usted podrá, quizá, contestarme a algunas de ellas.

—Lo haré con mucho gusto, señor Callowan.

—¿Cómo? ¿Conoce mi nombre?

—No es extraño. He leído mucho sobre usted. No es raro que los periódicos no hablen de la SIP de vez en cuando.

—Comprendo.

—¿Y esas preguntas?

—Ya voy. Quiero saber por qué Leean acompañó a su novia.

—Muy sencillo. Susan había conocido hace tiempo a un hombre del que se enamoró estúpidamente. Por fortuna se dio cuenta a tiempo de que no le convenía. Ese hombre la llamó; es dueño de un local importante. Susan fue y el otro le propuso que se encargara de que yo realizara un trabajo violento...

—¿Un asesinato?

—Eso mismo. El exnovio de Susan deseaba eliminar a un tipo y creía que yo podía hacerlo. Estaba dispuesto a ofrecerme muchas cosas. Según Susie, esto no le gustó nada; naturalmente, pues, aunque yo no estoy precisamente lo que se dice al lado de la Ley, jamás he matado a un hombre.

—Bien. Le creo.

—Entonces, el tipo dijo que me obligaría a hacerlo. Y Susie debió decirle sus proyectos respecto a mí...

—¿Qué proyectos tenía la muchacha?

—Estaba dándome lata desde hacía tiempo para que me presentase a la «poli»... —sonrió—... a la policía, quiero decir.

Y como Callowan no hiciese comentario alguno siguió:

—Susie, deseaba que me casase con ella, pero quería que cambiase de vida... completamente.

Donald le miró a los ojos.

—Y usted ¿qué pensaba hacer, Renison? —preguntó.

—La verdad es que... no lo sé. Aunque supongo que hubiera terminado por escucharla.

—La quería mucho, ¿verdad?

Harry no dijo nada.

Cerró los puños y sus nudillos se tornaron blancos. Luego, bajando la

cabeza, como si se avergonzase de confiar a otro hombre sus más íntimos sentimientos, en un rubor varonil y sano musitó sin casi mover los labios:

—Mucho.

Hubo una pausa; después, el jefe de la SIP preguntó:

—¿Puede darme el nombre del tipo que habló con su prometida?

—¿El que quería encargarse del «trabajo»?

—Sí.

Harry miró a Callowan.

Y antes de que sonase el «no», que salió de los labios del ladrón, Donald sabía ya que no iba a obtener el nombre que le interesaba.

—¿Por qué no quiere decírmelo?

—Escuche, señor Callowan... ya comprenderá usted que ahora... cuando Susie ha muerto, todo lo que ella deseaba deja de tener validez... hasta mi propio destino no le importa a nadie... ni a mí mismo.

Donald preguntó:

—¿Cree que su fatalismo le conducirá a algo práctico?

Una luz salvaje se encendió en las verdes pupilas de Renison.

—¡Claro que sí! Porque dedicaré todo lo que me queda de vida a destrozar lo que ha hecho que Susan caiga atravesada por las balas en una calle de la ciudad.

—¿Quiere matarle?

—¿A él? ¡Qué tontería! Podría haberlo hecho anoche mismo... con toda facilidad. ¡Sería demasiado sencillo!

—¿Entonces?

Las palabras salieron de los labios semicerrados de Harry como si este las silbase, llenas de odio, de rencor, de ansia de venganza...

—No, señor Callowan: no quiero matarle. Por el contrario, deseo trabajar a su lado, hacerle el dueño de la ciudad, ponerle a los pies cuanto desea su desmedida ambición... servirle los millones en bandeja... verle reír feliz, dichoso, poderoso como ningún hombre lo ha sido en esta ciudad podrida. ¡Quiero que se crea como un dios!

Respiró profundamente.

—Después —prosiguió con el mismo tono de voz—, deseo verle caer poco a poco, sentirse, como yo ahora, tremendamente solo... verle perder, uno a uno, todos sus créditos y saberle huyendo... de todo y de todos... convertido en un paria, en un perseguido... Y entonces reírme ante él, carcajearme de su desesperación, retorcerme de risa las tripas ante sus lágrimas y lloriqueos... ¡y matarle! ¡¡Entonces sí!! Pero lentamente, dejándole en la acera como él dejó a su agente, señor Callowan, con las manos en el vientre, dejando que la sangre se escape entre sus dedos... que la vida se le vaya sin poder hacer nada por evitarlo. Quiero que sufra como ningún ser humano ha sufrido. Y este final que le acabo de decir es muy probable que no sea el que le proporcione... ¡Ya tendré tiempo de pensar algo mejor!

Donald miró al hombre.

Jamás había visto a nadie tan tremendamente aprisionado en un ansia de venganza como a Harry.

—Eso no puede hacerlo usted, Renison.

—Lo sé. Por eso he venido a verle.

—¿A mí?

—Sí.

—No comprendo.

—Pues es sencillísimo, señor Callowan. Usted se dispone a movilizar a sus hombres para castigar el crimen. ¿Cree que no he oído hablar del Servicio de Ejecuciones de la SIP?

—Bien; eso es lo que me propongo hacer.

—Pero no debe hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque usted ignora, por el momento, muchas cosas de las que van a pasar en la ciudad. ¿Y si yo le dijese que, haciéndome caso, podemos matar dos pájaros de un tiro?

—¿Qué quiere usted decir?

—Esto: usted me da carta blanca y yo le prometo que, además de vengar la muerte de su agente y de Susie, acabo con todas las bandas que hay y que se están formando.

—Pero...

—Ya comprendo que mi proposición le choque. Después de todo, yo no soy más que un *gangster*... y no pude tener confianza en mí.

—No es eso, Harry.

—¿Entonces qué le detiene?

—Voy a decírselo claramente. Hay dos cosas que me preocupan.

—¿Cuáles?

—Una de ellas el que no pueda usted conseguir lo que se propone.

—¡No lo dude! —rugió el otro—. ¡Usted no sabe lo que soy capaz de hacer! ¡Les engañaré, señor Callowan! ¡Y llevaré siempre mi pistola... sin dudar en hacer cosquillas al gatillo!

—No lo dudo.

—¿Cuál es la otra cosa que le preocupaba?

—La de que, una vez se encuentre usted en la cima, olvide lo prometido.

Harry dejó escapar una risa cortante y breve.

—No tema: eso no ocurrirá nunca. Además, usted tiene los medios para destruirme en ese caso.

—Y lo haría.

—Entonces... ¿acepta?

—Antes tiene que decirme cuánto tiempo va a necesitar.

—Unos tres meses.

—¿Por qué tanto?

—Tengo que dejar que las bandas hagan lo que proyectan: ya conoce los detalles de mi plan.

—¿Y la policía?

—¿Qué quiere usted decir?

—Que le perseguirán como a los demás.

Renison sonrió.

—Ya le dije antes que aquí hay cosas que usted no conoce, señor Callowan. ¡Deje a la «poli» en paz! Ya me cuidaré yo de ella.

Callowan asintió, con un gesto de cabeza.

—Está bien, Renison: usted gana... Paro voy a decirle que dentro de tres meses, a partir de hoy, mi equipo de ejecuciones vendrá para juzgar su labor y obrar en consecuencia.

—Pueden venir.

Se había puesto de pie y tendió la mano al policía, que se la estrechó con fuerza.

—¡Buena suerte, Harry! Y no olvide que, aunque indirectamente, va a trabajar usted, a partir de ahora, para la Ley... y un poco para la SIP.

—No lo olvidaré, señor.

Abandonó el despacho y Callowan encendió otro cigarrillo.

No estaba seguro de lo que había hecho; pero, en el fondo, creía en aquel muchacho decidido y cargado de odio.

«Si nada le hace cambiar de parecer —pensó—, obrará limpiamente...».

¿Quién lo sabe, Callowan?

El futuro tiene la palabra.

* * *

Desde muy de mañana, una infinidad de vehículos se habían detenido ante la monumental entrada del Central Hospital. Y no tardaron en llegar coches abarrotados de flores, llamando la atención de los curiosos, uno de ellos de más de quince metros de largo, con una montaña de rosas rojas encima.

—¡Qué barbaridad! —exclamó una mujer, situada en primerísima fila de la masa de curiosos que se agolpaban a ambos lados de la entrada del Hospital —. ¡Esas flores deben de haber costado una fortuna!

—No se equivoca usted —señora —dijo un hombre que estaba, a su lado —. Puede usted contar unos dos mil créditos...

Otra «dama» que parecía haber salido sin cambiarse de una portería vecina, levantó su rostro, con amagos de bigote y barba.

—¡Como si fuesen a servir para algo tantas flores! ¡Así son los hombres! Seguro que el que le ha regalada eso, ahora —y subrayó esta última palabra —, no se acordó de comprarle lo que necesitaba en vida.

Un vehículo de color verdoso y línea imponente penetró junto a los otros, en la zona de aparcamiento, quedando un poco apartado de los demás.

Harry descendió de él.

Llevaba un traje gris oscuro y el único signo de luto era la corbata negra.

Echando una rápida ojeada a los coches cargados de flores, el joven penetró en el jardín, que atravesó apresuradamente hasta entrar en el *hall*. Inmediatamente, la joven de la recepción, que no le había olvidado, sonrió al ver que se acercaba a la ventanilla tras la que ella se hallaba.

—¡Buenos días, señor Renison!

—Buenos días. ¿Está todo preparado?

—Permita que llame un momento. Creo que le estaban esperando a usted antes de cerrar...

Harry torció el gesto, agradeciéndole mentalmente que cortase aquella desagradable frase.

Ella llamó por el interfono. Y cuando colgó dijo:

—En efecto, señor Renison. Le están esperando... Ya sabe usted el camino, ¿verdad?

—Sí, muchas gracias.

Harry caminó por el largo pasillo hasta detenerse ante una puerta entreabierta, al fondo de él. Dudó un solo instante y la empujó después.

Una sensación de frío llegó hasta él.

Había tres hombres, vestidos de riguroso negro, junto al féretro, abierto en el que se mostraba vagamente la pálida silueta de Susan Larsen.

El joven avanzó hasta la caja, echando una ojeada, la última, a la mujer a la que tanto había amado. Luego se inclinó tranquilamente, poniendo un beso sobre los fríos labios de la muerta.

Se incorporó y sin mirar a los hombres anunció:

—Ya pueden cerrar. Esperaré fuera con los otros. Y gracias por haberme esperado.

Dio media vuelta y abandonó la tétrica estancia.

Una vez en el jardín, miró hacia el sol, que resplandecía magníficamente, como si quisiera significarle que la vida iba a continuar su camino y que la muerte de Susan significaba, después de todo, muy poco.

«La olvidarás —parecía decirle el día luminoso—. Ya verás cómo el tiempo va borrando el dolor del recuerdo de este momento...».

—¡No la olvidaré! —gruñó, entre dientes—. Por lo menos, no la olvidaré un instante hasta que todo lo que haya causado la muerte haya desaparecido...

No tardó mucho en salir la comitiva que llevaba el féretro, el cual fue colocado en el lujoso coche que esperaba ya junto a la puerta.

Harry fue hacia su coche y ocupó el primer puesto tras el coche fúnebre. A partir de aquel momento, la caravana empezó a atravesar la ciudad, tomando East Avenue para, después de atravesar Liberty Bridge, dirigirse directamente hacia la Necrópolis.

Antes de llegar y ya junto a la entrada, los coches se detuvieron y sus ocupantes descendieron. Se formó un largo cortejo que siguió al cadáver.

Después siguieron los coches cargados de flores. Detrás del más grande, el de las rosas rojas, Renison pudo leer la franja dorada que cubría su parte posterior:

«A SUSIE, CON TODO MI DOLOR.
PAUL MUSSEN»

Harry se mordió los labios.

Tenía que aprender a contenerse, a saber sonreír mientras el corazón se le partiese de rabia y de odio.

Tenía que aprender muchas cosas.

Pero estaba dispuesto a hacerlo y lo haría.

Momentos después, la fosa se abría para cerrarse después tras el cuerpo de Susie, jamás volvería a verla.

Todos los presentes se fueron acercando y estrechando su mano diciéndole unas palabras de consuelo.

Allí estaban todos.

Jim Temple, David Yost, Robert Bishop... con sus hombres de mano, sus gerentes de los locales que poseían, los *croupiers* de sus salas de juego, sus abogaduchos y hombres de leyes... Toda una fauna extraña pero conocida de Renison. Hubiera podido llamarlos a cada uno por su nombre.

—Lo lamento mucho, Harry —decían.

Era la formula archisabida, así como la respuesta, del joven:

—Gracias... muchas gracias.

Pero allí, entre aquellos hombres, estaba el asesino de Susie. Y aunque no sabía exactamente quién había hecho «el trabajo», veía ahora al hombre que había dado la orden, Paul Mussen, que se acercaba a él en aquellos precisos instantes.

Le tendió la mano, que Harry estrechó con fuerza, conteniéndose a duras penas.

Los otros se alejaban ya.

—Cree que lo lamento, Harry...

—Ya lo sé, Paul.

—¿Tienes idea de quién pudo hacerlo?

—No, Paul. No tengo la menor idea. Pero lo sabré un día.

—Te comprendo. Hay que ser muy puerco para haber disparado contra ella, aunque yo creo que los tipos tiraron contra el hombre...

—¿Qué te hace pensar eso?

—Debieron creer que eras tú quien la acompañabas. ¿No te parece natural que fuese contra ti?

—Pero ¿por qué? Yo no he hecho nada para incomodar a nadie.

—¿Y tú qué sabes?

—No lo entiendo, Paul.

El otro puso una expresión compungida. Y cogiendo a Harry por los brazos dijo:

—Escucha, Harry, amigo mío... quizás haya sido yo el culpable...

—¿Tú?

—Sí, pero indirectamente. Me fui un poco de la lengua, diciendo que deseaba que te pusieras a mi lado para darte el control de las bebidas en el barrio del Sur, ya sabes, el que ahora controla Yost.

—¿Y qué?

—Que a David no ha debido de gustarle la idea. E incapaz de atacarme a mí, pensó que eliminándote a ti se evitaría un disgusto.

Harry sintió que sus tripas se le anudaban. El contacto de Paul le ponía frenético. Y tuvo que hacer un esfuerzo —¡y qué esfuerzo!— para dominarse.

—No había pensado en eso.

—Pues yo sí que lo pensé, en cuanto supe... la desgracia que le había ocurrido a la pobre Susie.

—¿Crees entonces que ha sido David Yost?

—Apostaría cualquier cosa a que es así. Por eso me he quedado el último para hablar contigo. Tienes que venir conmigo, Harry. Desde ahora mismo... Vendrás a vivir a mi cuartel general y empezaremos enseguida a hacer proyectos. Además, hablándote con franqueza, tengo miedo de que David repita el ensayo... y esta vez no falle.

Harry preguntó:

—¿Crees que seguirá intentando matarme?

—Desde luego. Ven a mi coche, amigo... a mi lado estarás seguro.

—¡Pero si he dejado mi coche ahí afuera!

—Es igual. Ya diré a uno de los míos que lo lleve a tu nuevo hogar. ¡Eh, tú, Limmer!

Un hombre bajo, con rostro de mochuelo, se acercó a su jefe. Los otros, los que formaban la guardia de Paul, estaban junto a la puerta del cementerio, que había quedado, a excepción de ellos, completamente desierto.

—¿Qué hay, señor Mussen? —inquirió el hombrecillo.

—Sal y toma el coche de mi amigo Renison. Llévalo a mi garaje... ¿Tienes las llaves, Harry?

—No —repuso éste—. Las he dejado puestas.

—Ve entonces —ordenó Paul.

El hombrecillo echó a andar hacia la salida.

—Vamos —dijo Mussen, cogiéndose del brazo de Harry.

Se dirigieron a la salida, precedidos por los guardaespaldas. Fuera no había más que, a la derecha, los coches de la banda de Paul. Y a la izquierda el de Renison.

Los demás habían desaparecido.

Estaban ya junto a los coches cuando de repente una explosión horrísona estalló a sus espaldas.

—¡Al suelo! —rugió Paul.

Todos se tiraron a tierra y las pistolas aparecieron, como por ensalmo, en las manos de los guardaespaldas de Mussen.

Harry miró hacia atrás, tendido al lado de Paul.

Su coche había saltado en pedazos y ardía ahora como una tea.

Se pusieron en pie.

Y Paul, con una sonrisa de triunfo, exclamó:

—¿No te lo decía yo, muchacho? Debieron colocar una bomba y Limmer, al abrir la portezuela, la hizo explotar, saltando en pedazos con tu coche... ¿Te imaginas dónde estarías ahora si hubieras entrado en lugar de Limmer?

Harry no dijo nada.

Pero se estremeció de pies a cabeza.

CAPÍTULO IV



E volvía y revolvía en el lecho, con el cuerpo cubierto de sudor, sintiendo una horrible opresión sobre el pecho, como si algo enorme pasase sobre su cuerpo.

Al despertarse, se sentó en la cama, sin saber dónde se hallaba, hasta que fue recuperándose poco a poco, normalizándose su fatigosa respiración y huyendo de su piel el helado sudor que la cubría.

La estancia era amplia, moderna, elegante y cuando encendió la luz, momentos más tarde, comprobó que no era la suya. Los recuerdos se ordenaron en su cerebro, haciéndole saber que estaba en la casa de Paul, ocupando una de las habitaciones de los amigos... la mejor como le había dicho su «amigo».

Paul había hecho trasladar todo lo que le pertenecía, vaciando la casa que habitaba. Le había dicho también que no se preocupase por los objetos que quedaban de la muerta, ya que lo mejor era destruirlos para evitar, así lo había dicho, que los recuerdos le molestasen.

«Destruir».

Tenía que irse acostumbrando a comprender que Susan ya no estaba a su lado, que había desaparecido para siempre, que jamás volvería a verla y que, quisiera o no, había pasado a ser un recuerdo.

Saltó del lecho y pasó a la ducha, haciendo que el agua helada pusiera en su piel la enervante caricia de mil cuchillos afilados y puntiagudos. Se frotó con fuerza. Después se afeitó y se vistió.

Finalmente, abandonó la habitación y bajó al *hall* donde ya estaban los hombres de Paul, desayunando y riendo.

Eran cuatro, casi completamente idénticos: altos, fuertes, macizos, con anchas espaldas y cuellos cortos de toro. Las mismas expresiones brutales en sus rostros e idénticas sonrisas estúpidas y primitivas en sus gruesos labios.

Pero tremendamente peligrosos todos ellos.

—¡Hola! —saludó Harry, sentándose a la mesa.

Le saludaron, pero siguieron hablando de sus cosas, como si la presencia de Renison les fuese completamente indiferente.

Hasta que Paul apareció.

Lo hizo pausadamente, surgiendo de lo alto de la escalera, con un traje claro elegantísimo, unos zapatos que brillaban como un espejo, una camisa de rayas azules y blancas y una corbata granate.

Los hombres le saludaron y sus conversaciones cesaron como por encanto.

Paul se sentó junto a Harry.

—¿Has dormido bien, muchacho?

—Muy bien, gracias.

—Tienes mejor aspecto —rio Mussen—. ¡Ya verás cómo te animas! Estas cosas pasan siempre igual. Al principio, parece como si no pudieras seguir viviendo... luego, poco a poco, te das cuenta de que la vida te reclama y de que no puedes quedarte aislado. A mí me ocurrió algo así cuando murió mi pobre madre...

Afortunadamente, la llegada del desayuno de Paul puso fin a aquella conversación que sentaba a Harry como un frasco de vinagre sobre una herida reciente.

Los hombres habían encendido sus cigarrillos y miraban en silencio a su jefe. Éste, poco después ordenó:

—Id a dar una vuelta por el jardín, muchachos. Tengo que hablar con mi amigo Harry.

Obedecieron en silencio.

Y cuando se quedaron solos, Paul, limpiándose la grasa que le bajaba por el mentón, preguntó:

—¿Cuándo quieres empezar a trabajar?

—Cuando tú quieras.

Hubo una pausa.

Luego, Paul, que había estado limpiándose los dientes con un palillo, preguntó:

—¿Te encuentras dispuesto de veras, muchacho?

—Desde luego. ¿De qué se trata?

—Luego hablaremos de esto —dijo Mussen, poniéndose en pie—. Pero, como te veo con ánimos, creo que ha llegado la hora de enseñarte algo. Vamos.

Una vez en el jardín, Paul, que parecía de excelente humor, hizo un gesto a sus hombres:

—¡Eh, chicos! ¡A los coches!

Dos de ellos ocuparon la parte delantera del vehículo blindado de Paul, que con Harry se sentó atrás. Los otros dos montaron en otro coche semejante que se puso en marcha tras ellos.

Mussen había encendido otro cigarrillo y con una sonrisa en los labios dijo:

—Comprenderás, Harry, que ha llegado el momento de dejar a un lado los pequeños negocios. Con la «ley seca», se nos presenta algo que será verdaderamente maravilloso. Ya nuestros bisabuelos, en América, supieron sacarle el jugo a una situación como esta. ¡Y nosotros no la desaprovecharemos!

El viaje no fue muy largo y los dos vehículos se detuvieron ante un portalón, en un edificio flamante, que se abrió en cuanto el que conducía el coche hizo sonar dos veces consecutivas el claxon.

Penetraron los vehículos en un amplio patio, donde había varios camiones. También se veían, al fondo, unos hangares con unos cuantos helicargos de tamaño mediano.

Pero lo que llamó más la atención de Harry fue el propio edificio, de tres plantas y con apariencia de fábrica.

Bajaron de los vehículos y precedidos por Paul, seguido de Harry, los hombres penetraron por una pequeña puerta metálica que se abrió en la gran puerta que recortaba ampliamente la fachada de la casa.

Nada más abrir la puerta, un rumor de máquinas llegó hasta ellos. Y al entrar, Renison vio dos hileras de maquinarias complicadas, atendidas por un par de hombres que llevaban monos blancos.

—¿Qué te parece? —inquirió Paul, señalando el conjunto con un gesto cargado de orgullo.

—Muy bien...

—Es la mejor fábrica de destilación que hay en la ciudad. Aquí se está fabricando ya, en cantidad, la cerveza «Mussen», el *whisky* «Mussen» y saldrán de estas máquinas muchísimas cosas más.

—¿Crees que hay bastantes consumidores en toda la ciudad para lo que se fabrique aquí?

—¡Desde luego! Claro que, si te refieres a mi barrio, me sobraría materia.

Pero de eso vamos a hablar tú y yo en mi despacho. ¿Vienes?

—Sí.

Un ascensor les condujo a la última planta. Y cuando Harry entró en el despacho de Paul, se comprendió, al ver el lujo asiático que allí reinaba, que Mussen estaba haciendo las cosas «a lo grande».

—¿No está mal, eh? —inquirió Paul, al darse cuenta de la mirada que el otro había lanzado en derredor suyo.

—No, no está mal...

—Siéntate. ¿Quieres un habano?

—No. Prefiero un cigarrillo.

—Tenemos que empezar enseguida, Harry —le dijo el otro—. Sé de buena tinta que los otros están imitándome y que casi todos han empezado a montar su propia destilería.

—¿Quiénes?

—Todos: James... David y Luigi. Y es seguro que estén empezando a fabricar cerveza y *whisky* para abastecer a sus respectivos barrios. Pero ninguno de ellos ha tenido la idea de hacer como yo, que he empezado por montar una industria capaz de servir las necesidades de toda la ciudad.

—¿Lo saben ellos?

—No. Ellos no sospechan mis ideas... aunque David es el más listo y el que, por lo que ha ocurrido en tu coche, debe de estar sobre aviso.

—Comprendo.

Paul enarbolaba una sonrisa de la que rezumaba hipocresía por todas partes.

—Yo no quiero, amigo Harry, que creas que quiero empujarte hacia los que te quieren mal, aunque ahora formas parte de mi banda y he de preocuparme por tus cosas. Pero quiero preguntarte por eso mismo, si estás definitivamente conmigo.

—¿Por qué lo dudas? ¿Y por qué andas dando tantas vueltas alrededor del asunto? ¡Ve al grano de una vez!

—Así me gusta, Harry... Hombres decididos como tú es lo que yo estaba necesitando.

—¿No me estás diciendo, hace ya un rato, aunque dándole vueltas, que mate a Yost?

Mussen enarcó las cejas.

—¿Cómo lo has adivinado, Harry?

—¿Hay que ser algo excepcional para verlo?

—Tienes razón, amigo. Te has dado cuenta desde el primer momento de que las cosas tenían que ser así. Ya comprenderás que debo comenzar por él, ya que, si no poseo dos barrios, además de arruinar mi negocio de fabricación, no tendré fuerza suficiente para imponerme a los otros.

—¿Piensas eliminarlos también?

—No... por el momento. No tengo suficientes hombres para hacerme cargo de los otros barrios. ¡Si tuviera tres tipos más como tú! Pero no puedo fiarme en la gente que tienen actualmente los otros, ni tampoco en los míos, que son excelentes como hombres de mano, pero una verdadera desgracia como hombres de negocios.

—Es cierto.

Hubo una pausa; luego Paul dijo:

—Naturalmente, tendré que preparar a algunos de mis hombres para que te ayuden.

—¿Ayudarme? ¿A qué?

—No irás a decirme que quieres hacer el «trabajo» solo, ¿verdad?

—Pues eso es precisamente lo que deseaba decirte, Paul: no admitiré nadie a mi lado.

—¡Estás loco! ¿Crees que van a respetarte por tu bonita cara o qué?

—No es eso —la voz de Harry sonaba más firme que nunca—. Quiero trabajar completamente solo. Y si lo que ocurre es que no tienes confianza en mí...

Mussen dio un puñetazo en la mesa.

—¡No es eso, animal! —exclamó, con los ojos inyectados en sangre—. ¿Es que no te das cuenta que lo que deseo es conservarte? Si, como quieres, vas solo a realizar todos los trabajos... no tardaré mucho en tener que gastarme otros dos mil créditos en rosas rojas.

Desde que estaban juntos, fue la primera vez que Harry clavó su mirada en los ojos del otro.

Y en voz baja, casi como un susurro, murmuró:

—Óyeme bien, Paul... Ésta es la última vez que me recuerdas a Susie o a algo que tenga relación con ella. La hemos enterrado hace un rato, ¿entendido? Y será mejor para todos que la dejemos tranquila donde está.

Una sonrisa asomó a los labios del otro.

—No debes ponerte así, Harry... —dijo—. Yo hablaba por establecer una comparación.

—Pues déjate de comparaciones. Y, si deseas que trabaje para ti, cosa que estoy deseando hacer, procura no poner a nadie a mi lado y no nombrar a Susie. ¿Entendido?

—Desde luego —y tras un suspiro profundo dijo—: Está bien, Harry: tú ganas. Querrás un arma, ¿verdad?

—Sí. Una Luger si es posible.

—Tengo de todo aquí.

Apretó un botón, sobre la mesa, haciendo que la pared de la derecha, cubierta de libros, girase sobre sí misma, dejando ver un verdadero arsenal donde había de todo.

Paul preguntó:

—¿Qué te parece mi biblioteca, Harry?

Renison no contestó.

Se había puesto en pie, acercándose a la armería. Enseguida vio lo que le convenía. Se apoderó de una pistola y comprobó que estaba cargada, incluso con una bala en la recámara.

Estaba de espaldas a Paul y no pudo evitar que su mente se pusiera a trabajar velozmente.

«Sería muy fácil, Susie querida... ¿no te das cuenta? Volverme y... ¡plaf! el culpable de tu muerte y de mi dolor partiría en un velocísimo viaje al infierno... Pero no, amor mío... Sería demasiado sencillo y él no sufriría lo que yo deseo que padezca. Hay que esperar, Susan... Ten un poco de paciencia, cariño...».

—¿Qué demonios te pasa? —inquirió Paul a su espalda—. ¿Es que no has visto nunca una pistola como esa?

Renison se volvió, sonriente, con el arma en la mano.

—No es eso, Paul —repuso—. Lo que ocurre es que ésta es una pistola estupenda. ¿De dónde la sacaste?

El otro se encogió de hombros.

—No sé. Hace poco que está ahí.

—Es muy buena.

—¿Te irá?

—¡Como un guante!

—Hay varias pistoleras colgadas a la derecha. Coge la que te convenga.

Tras quitarse la chaqueta, Harry se ajustó la sobaquera que consideró como más práctica. Después volvió a ponerse la americana.

—Ya está —dijo con una sonrisa de satisfacción—. Me va muy bien.

—¿Puedes sacar con comodidad?

Apenas había terminado la pregunta ya tenía Renison la pistola en la mano.

—¡No sabía que fueses tan rápido, muchacho!

Y el otro, como quien no quiere la cosa, comentó:

—Tú no sabes muchas cosas de mí, Paul. Sin embargo, te has arreglado para ponerme a tu lado, ¿eh, granuja?

Mussen dejó oír una fuerte carcajada.

—¡Claro que sí, amigo! —exclamó; luego dijo—: ¡Paul tiene mucha vista para buscar sus colaboradores! Y desde el mismísimo momento en que pensé lo que tenía que hacer en la ciudad, fui y me dije... ¡Busca a ese Renison, Paul! Es precisamente el tipo que te conviene para hacer lo que quieres... ¡Y aquí estás ya, trabajando para mí!

—Desde luego.

—Hay una cosa de la que no hemos hablado aún, Harry.

Éste dejó de mirar la pistola que tenía en la mano, colocándola de nuevo en su funda.

Después, levantando la mirada hacia el otro, preguntó:

—¿De qué no hemos hablado, Paul?

—Del dinero.

—¿Qué dinero?

—Oye, Harry... no irás a decirme que vas a trabajar gratis para mí, ¿verdad?

Renison se maldijo de haber cometido el error de no pensar antes en aquello. Por eso se apresuró a decir:

—¡Claro, Paul! Pero es que a mí me gusta conocer antes el trabajo y después fijar el precio de mis servicios.

El otro desarrugó el ceño, sonriendo a su vez.

—Así me gusta, muchacho. Pero, de todos modos, hacías muy bien en no preocuparte demasiado de la parte económica. Mussen sabe pagar a los que le sirven y tú vas a ser una excepción especial. En cuanto te hagas cargo del barrio de Yost, puedes contar con un veinte por ciento. ¿Qué te parece, chico?

—Muy bien.

—Entonces... ¡a la tarea! Aunque tienes el tiempo que necesites; no quiero precipitaciones.

—No las tendrás, Paul. Pero quiero decirte que a mí me gusta hacer el trabajo lo antes posible.

—¿Empezarás pronto?

—Esta misma noche visitaré a David Yost.

—¿Tan pronto?

—Sí. Procura darme un buen coche, ¿eh?

—Te daré uno de mis mejores vehículos blindados.

—De acuerdo. Ahora voy a darme una vuelta por ahí... en tu coche. Cuando haya terminado de hablar con Yost, te llamaré a «The Laurel». ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Ve abajo y di a Tom qué te acompañe al garaje. Que te entregue el azul: es un buen cacharro, rápido como el rayo y fuerte como un tanque.

—Gracias, Paul.

—¡De nada, chico! Ya sabes que me tienes a tu completa disposición. ¡Y buena suerte para esta noche!

—No te preocupes por mí.

Y abandonó la habitación.

CAPÍTULO V



E coche era verdaderamente magnífico y Harry lo comprobó, viendo que bastaba tocar el acelerador para hacer que aquel monstruo, cuyo motor debía haber sido especialmente concebido, se lanzase como una exhalación, devorando las millas que era un gusto.

Deseoso de conocer el ambiente, después de la asistencia de los jefes al entierro de Susie, se dijo que no estaría nada mal pasarse por el local de alguno de ellos, menos por el de David, al que pensaba ir cuando se hiciera de noche.

Mientras corría por River Road, pensó que lo mejor era ir al local del italiano, al que conocía menos y en el que siempre vio un hombre duro, que sabía lo que quería y que sería, sin duda alguna, uno de los huesos más difíciles de roer en el futuro.

Cruzó pues Liberty Bridge, penetrando en el elegante barrio Este, donde sentaba sus reales Luigi Firelli. Tomando por East Avenue, el camino que le había conducido aquella mañana al cementerio, dejó atrás el Hospital y se detuvo, quince manzanas más abajo, ante el local que regentaba el italiano.

Ya lucía el luminoso rojo sobre la entrada, a pesar de que el sol continuaba siendo casi tan radiante como al empezar el día.

«LA TRAPPOLA» (1)

No era un mal nombre y parecía, en aquellos momentos, mientras Harry penetraba por la puerta, como una advertencia a lo que iba a ser su vida a partir de aquel momento.

El local estaba puesto con gran lujo y lleno de comensales atareados en

aquellos momentos en degustar los platos italianos que se servían en la casa. Renison vio enseguida, junto al brillante mostrador de cobre, a algunos de los hombres de Luigi, todos ellos italianos como él y a los que había visto en el cementerio, acompañando al «boss» en su calidad de guardaespaldas.

Harry se sentó a una mesa y pidió un plato de la cocina italiana, acompañado por un buen vino. No ocurrió esta vez como en el local de Paul, ya que el camarero no hizo observación alguna respecto a la prohibición de alcohol, demostrando así a Harry que Luigi no se dejaba intimidar por las órdenes oficiales en la ciudad.

Momentos después estaba saboreando lo que le habían servido y bebiendo de aquel delicioso vino que dejaba a su paso por el estómago una agradable sensación de eufórico calor.

—¡Me alegra verte por aquí, Harry!

Levantó la cabeza, viendo a Luigi que le mostraba su impecable dentadura, más blanca aún bajo el mostacho intensamente negro que cubría el labio superior.

Firelli no debía de tener mucho más de treinta y cinco años. Era alto, esbelto, de facciones bastante agradables y que afeaban, para su desgracia, una cicatriz que había quedado en su mejilla izquierda como recuerdo de sus tiempos borrascosos en la ciudad.

Pero ahora, su traje de corte elegante, su corbata que hacía juego con la camisa, su pañuelo de seda que sobresalía por el bolsillo superior y sus dedos, repletos de sortijas, demostraban que había llovido mucho desde los tiempos de la desdichada cicatriz.

—He venido a probar tu cocina, Luigi. Hacía tiempo que no me asomaba por aquí.

—Ya lo sé. Termina de comer; luego, sin que se te ocurra pagar, te vas a mi despacho y tomaremos café y una copa juntos. Tengo muchas ganas de hablar contigo un poco.

—De acuerdo, Luigi. Hasta ahora.

—Adiós.

El italiano se alejó y Harry, mientras seguía comiendo, se dijo que de todos los granujas de la ciudad, aquel era sin duda alguna el más peligroso. Mucho más de lo que su amable y educada apariencia querían demostrar.

Al lado de Firelli, Mussen era una bestia: un animal ambicioso pero descabellado y brutal, salvaje como un toro de cinco yerbas. Luigi, por el contrario, era una serpiente de cascabel: alguien capaz de acariciar con una mano mientras la otra estaba midiéndole a uno la profundidad del intestino con la acerada punta de un cuchillo.

Cuando hubo terminado de comer, Renison se puso en pie, sonriendo al camarero que se acercó a ayudarle y que, en realidad, era enviado por el dueño.

—¿Quiere seguirme, señor?

—Sí.

Una vez en el fondo del local y junto al extremo del mostrador, el camarero empujó una puerta pequeña. Antes de pasar por ella, Harry tuvo que hacer un saludo a los muchachos de Luigi que, al verle llegar, le habían saludado sin dejar su sitio.

El despacho de Luigi no tenía nada de la fantasmagoría del de Paul. Aquí la sencillez dominaba, aunque el lujo era sobrio y el espacio bien calculado.

Sobre una mesa había un servicio de café y una botella del mejor coñac conocido.

Luigi sonrió, haciendo un gesto al camarero que desapareció tan silenciosamente como había llegado.

Luego, cuando se hubo sentado Harry, le imitó.

Y con una sonrisa dijo:

—He abierto esta botella en tu honor, Harry.

—Muy agradecido, Luigi.

Éste frunció el entrecejo.

—Ya sé que no te debe gustar que movamos el barro pasado; pero quiero decirte que lamento mucho lo de Susan y que me alegraría mucho saber quién fue el hijo de perra que lo hizo.

—Ya le echaré la mano encima: no te preocupes.

El italiano sonrió de nuevo.

—Te comprendo y admiro que guardes tu veneno para clavárselo en el cuello a ese cerdo. Pero dejemos eso... —llenó el vaso de su invitado, haciendo luego lo mismo con el suyo—. Deseaba llamarte, cuando mis muchachos me dijeron que habías llegado. ¿Es que adivinas los pensamientos, Harry?

—¿Por qué lo dices?

—Por eso, porque quería avisarte para que vinieses a verme.

—Ya me tienes aquí.

—Sí, ya lo veo —rió el otro. Luego, con una expresión ensombrecida repentinamente dijo—: Uno de mis muchachos vio a los hombres de Mussen hurgar en tu coche. ¿Te ocurrió algo?

—A mí no, pero el cacharro se hizo trizas... una bomba, al parecer.

Luigi preguntó:

—¿Hablaste con Paul?

—Un poco.

Luigi se pasó la mano por los finos labios.

—Yo no sé ni me importa lo que habéis hablado. Conozco lo suficiente a Mussen para adivinarlo casi. Por eso quería verte.

—Si lo que intentas adivinar es que Paul me ha propuesto algo, no hace falta que te esfuerces.

—¿Es verdad, entonces?

—Sí... pero no he aceptado.

—¿Te ofrecía poco?

—No es eso, Luigi, Lo que ocurre es que quiero trabajar solo, pero en buenas relaciones con todos vosotros.

—¿Qué clase de trabajo?

—La bebida.

Luigi meneó la cabeza.

—Pierdes el tiempo, muchacho: todo está hecho ya.

—Eso es en lo que tú y yo no estamos de acuerdo, Firelli.

—No digas eso. La ciudad está dividida, desde su fundación, en cuatro barrios o sectores, llámalos como quieras: el de Mussen al norte; el de Temple al oeste; el de Yost al sur, y el mío al este. ¿Cómo quieres hacer negocio si todo está ocupado ya...?

Y como Renison no dijese nada, continuó:

—A menos que quieras eliminar a uno de nosotros. Pero no pensarás eso, ¿verdad?

—No puedo decirte nada de mis proyectos, Luigi, al menos por el momento. Tengo mis ideas, pero aún no están cuajadas del todo.

—Creo que te rompes la cabeza inútilmente, muchacho. Tú tenías informaciones de todos nosotros para tu trabajo, del que nos dabas un tanto por ciento. Nosotros, los cuatro, te decíamos: puedes robar allí sin miedo. Tú realizabas el trabajo y nos pagabas. ¿Es que no te iba bien?

—No. Todo este tiempo he dependido de vosotros y he estado siempre pendiente de vuestros gustos... y de vuestros abusos.

—Ahora es distinto, Harry. Si quieres operar en mi barrio, no te cobraré ninguna comisión. Pero hasta ahora, los negocios no iban tan bien.

—Ya te he dicho que quiero trabajar solo.

—Acabarás mal, muchacho. No puedo decirte por qué, pero puedes estar seguro de que tu amigo Firelli no te engaña.

Harry se puso en pie.

—Muchas gracias por tus consejos, Luigi.

—Hazme caso, muchacho. Si lo que necesitas es dinero...

—No. Agradecido de todos modos, Luigi. Adiós.

—Adiós.

Una sonrisa flotaba en los labios del italiano cuando Renison salió de su despacho.

Luego pulsó el interfono.

—¡Salvatore!

—¿Di?

—Sigue a Harry... ¿Habéis visto su coche?

—Sí. Es uno de los de Mussen.

—*Bene*... No le perdáis de vista.

*   *   *

Estaba anocheciendo y para Harry era aún demasiado temprano, por lo que eligió un camino. Tomó River Road, hacia el sur, para penetrar en King Park. Se detuvo en el lugar donde solía ir con Susie muchas tardes, para soñar juntos...

Se sentó en el banco donde solían hacerlo, ellos y encendió un cigarrillo.

Había oído que debía huir de aquellos recuerdos enfermizos, que terminarían borrándole de la mente la claridad que necesitaba para llevar a cabo sus difíciles proyectos.

Pensó en lo que le había dicho Callowan, el jefe de la SIP respecto a los obstáculos que iba a encontrar en su camino. Ya había empezado, puesto que las amenazas de Luigi apenas si habían sido veladas por unas sonrisas equívocas.

La noche se le echaba encima y muy pronto una oscuridad completa le rodeó. Se sintió inquieto, sin saber por qué. Había aplastado la colilla del cigarrillo hacía tiempo y ahora, en medio de aquella negrura, presentía algo, sin saber qué...

Se decidió. Se levantó sin el menor ruido y echó a andar hacia atrás, pasando sobre la hierba silenciosamente, moviéndose como una sombra más. Avanzó, tangencialmente hacia el lugar en el que parecía haber nacido el origen de sus sospechas.

Tuvo que acercarse a la carretera principal del parque, por dónde tenía que volver a pasar obligatoriamente, para descubrir el coche y los dos hombres que, junto a la portezuela, fumaban tranquilamente. La luz de las farolas, en aquel lugar, le hizo reconocer inmediatamente a uno de ellos.

Salvatore.

Conocía muy bien a aquel tipo de la banda de Firelli y, aunque no había visto jamás al otro, lo suponía como un nuevo miembro de la banda del italiano que, ahora sin duda alguna, le había hecho seguir por sus hombres, interesado en sus proyectos.

Sonrió.

Retrocedió de nuevo a la zona de sombra y tomó el camino de la salida. Cuando se halló lo bastante lejos de los dos hombres como para andar sin ningún temor, aligeró el paso.

Una vez fuera del parque, llamó a un taxi y le dio la dirección del local al conductor.

Mientras era conducido hacia el barrio Sur, Harry se dijo que no podía fiarse de nadie a partir de aquel momento, ya que el peligro podía surgir de cualquier parte, en el instante en que menos lo esperase.

Temple poseía uno de los cabarets más curiosos de la ciudad. En realidad, su aspecto era extraño y estaba formado por una galería larguísima, iluminado, parcamente, con mesas a ambos lados, a todo lo largo. El pasillo podía servir de pista de baile.

El nombre le venía como anillo al dedo: se llamaba el «Tunnel».

También había estado Renison con Susie en aquel sitio del que, como de todos los que había visitado con ella, guardaba agradables recuerdos.

Se sobrepuso y penetró allí. Comprobó que estaba ya casi completamente lleno, sobre todo de gente que cenaba, aunque el baile y las atracciones no habían empezado aún.

No tenía apetito.

Echó a andar a lo largo del «Tunnel», Harry llegó hasta el mostrador, que ocupando la total anchura de la galería, le cortaba el paso. Había un letrero enorme sobre el espejo en el que se indicaba que no se despachaban bebidas alcohólicas.

Desde luego, aunque con menos cinismo que el del italiano, en el «Tunnel» debían estar bebiendo todos, con botellas o recipientes disfrazados con etiquetas sencillas y anodinas.

—¿Qué desea el señor? —inquirió una *bartender* de cabellos rojizos y bastante linda.

—Quiero ver al dueño.

—¿Al señor Yost?

—Sí.

—¿De parte de quién? —inquirió la bella, poniendo sus manos sobre el intercomunicador.

—Dígale que está aquí Harry Renison.

—Un momento, señor Renison.

Sin cesar de mirar de reojo; la muchacha habló a Harry. Luego, con la más encantadora sonrisa que encontró en su repertorio, invitó:

—Pase por aquí, señor.

Renison atravesó el mostrador por la pequeña puerta basculante que la muchacha le había mostrado, siguiendo el camino que ella le señalaba ahora. Al fondo, se encontró ante una puerta, con un letrero que decía «Private». Golpeó suavemente.

—¡Adelante!

David estaba solo, tras una mesa de despacho, con una caja de bombones a un lado.

—¡Hola, muchacho! —saludó.

—Hola.

—Siéntate. ¿Quieres beber algo?

—No, gracias.

Yost preguntó:

—¿Querías algo?

—Verte, David.

—¡Pues ya me tienes aquí! Esta mañana...

Harry hizo un gesto.

—Dejemos lo de esta mañana, David.

—Como quieras. ¿Qué deseabas? Tengo trabajo, de veras... aunque no me molesta dedicar unos minutos a un amigo como tú.

—Gracias, aunque no va a gustarte el motivo de mi visita.

—¿Me traes malas noticias?

—Creo que sí.

David era un hombre gordo, que pagaba a su línea el tributo de su glotonería, ya que pasaba el día devorando bombones con licor, especialmente hechos para él.

Ahora alargó sus gordezuelos dedos hacia la caja, tomando uno, del tamaño de un huevo de gallina, que engulló de golpe, sin un gesto de dificultad.

—No me asustas, muchacho —dijo después.

—Ni quiero hacerlo. Deseo instalarme en la ciudad y hacer el negocio de bebidas.

—Muy interesante.

—Más te lo parecerá cuando te diga que voy a empezar en tu barrio.

El otro sonrió.

—¿Bromeas?

—En absoluto.

—Quítate eso de la cabeza, Harry... ¿es que ya no te va bien el abrir pisos?

—Eso ha pasado a la historia, David.

—De acuerdo. Pero lamento no poder echarte una mano, Harry. Los negocios empiezan ahora y no puedo dejarte ni sitio ni un solo crédito.

—No quiero ni dinero ni apoyo.

David frunció el entrecejo.

—¿Entonces...? —inquirió con acento de sincero asombro.

—Voy a hacerme cargo de «The Tunnel», David...

El otro golpeó con sus grasosos puños la mesa.

—¡Fuera de aquí! Si hubiera sabido que estabas borracho, no hubiese dejado que entrases... ¡Vete con mil demonios!

Harry se puso en pie.

—Lo siento mucho, David... de veras... Tú, después de todo, no me has hecho nada, aunque eres un cerdo sin conciencia, que no mira jamás el origen del dinero que vas amontonando en la caja fuerte. ¿Qué te importa que la droga mate a la gente, que tus mujeres padezcan en la calle? Lo que te interesa es estar aquí, comiendo bombones y contando los billetes con las manos manchadas de chocolate. No eres mi enemigo personal, David... pero formas parte de algo que ha causado la muerte de la persona a la que he querido más en la vida. ¿No te das cuenta de que sin bandas, sin hombres como tú y los otros, Susie estaría aún viva?

—¡Yo no he matado a Susie!

—Ya lo sé, David. Pero lo hubieras hecho si ella se hubiese interpuesto ante ti, si hubiera hecho sombra al más pequeño de tus proyectos, a la más miserable de tus ambiciones, al más pequeño de tus caprichos...

—¡Estás loco o borracho!

—Ni una cosa ni otra, David: estoy lleno de odio, me rezuma por todos los poros y tengo que calmarlo. Aunque, como te he dicho, antes, lamento tener que empezar por ti...

Había sacado la pistola y ante los ojos aterrorizados de Yost, le colocó un largo silenciador.

—No irás... a hacerlo... ¿verdad? —inquirió David, con los ojos desorbitados.

—Debo hacerlo, David. Aunque puedes irte al infierno con la confianza de que tú sólo eres el primero...

—¡No! ¡¡No!!

Harry apretó el gatillo.

Lo hizo una sola vez, apuntando a la cabeza del hombre, que estalló como una granada madura.

Con un gesto de repugnancia, para evitar mancharse los dedos, descolgó el teléfono y enseguida oyó la voz de la *bartender*.

—¿Sí, señor Yost?

—No soy Yost, señorita. Haga el favor de llamar a los muchachos. David los necesita.

Se colocó después junto a la pared, a un lado de la puerta, pasando con el pulgar de la mano derecha la palanca de «n» a la muesca de «a». La Luger estaba ya preparada para trabajar como una ametralladora.

Esperó pacientemente, sin que un solo músculo de su rostro se contrajese lo más mínimo.

—¿Se puede, jefe? —inquirió en aquel momento alguien al otro lado de la puerta.

—¡Adelante! —gritó Harry.

Entraron tres hombres; el último cerró la puerta tras sí.

Harry, que estaba fuera del alcance de su vista, no les dio tiempo a asombrarse al ver el aspecto que tenía David... o lo que quedaba de él.

Disparó con ráfagas cortas, apuntando encima de los hombros.

El ruido no salió de las paredes insonorizadas del despacho.

Mirando los cuerpos que se habían amontonado en el suelo, Renison se acercó de nuevo al teléfono y ordenó a la muchacha que le diese un número.

Y cuando descolgaron al otro lado del hilo:

—¿Paul?

—Sí.

—Aquí, Harry.

Paul exclamó:

—¿Qué hay, muchacho?

—Mándame enseguida algunos hombres para que limpien el despacho de Yost.

—¿Cómo? ¿Ya has...?

—Mándame esos hombres. Tengo aquí cuatro «fiambres» y, como comprenderás, no puedo empezar a trabajar con estos huéspedes. Además, la alfombra se ha puesto hecha un asco...

Y colgó.

CAPÍTULO VI



OBERBIAMENTE instalado como dueño y señor en los apartamientos del difunto YOST, que mandó cambiar por completo, haciendo que se llevasen ante todo el lecho de seis patas que utilizaba aquella masa de grasa para dormir,

Renison consideró, cuando despertó, a la mañana siguiente que había conseguido ya el primer paso del plan que había forjado.

Pero sólo el primer paso.

Sabía perfectamente que la labor que se impuso iba ser difícil y larga. Y que, si bien había conseguido eliminar a David, también era verdad que éste era el menos peligroso de los cuatro jefes de banda que controlaban la ciudad.

Sin embargo, no podía quejarse de la labor que había realizado. Y así,

saltando del lecho, se dijo que no debía exigirse más de lo que normalmente pudiera realizar.

Después de bañarse y vestirse, bajó al «Tunnel», donde la cajera, que era al mismo tiempo *bartender*, le esperaba ya, con una encantadora sonrisa en los labios para hacer el arqueo de la jornada anterior.

Fue ella misma la que le preparó un sabroso desayuno, hablándole de cuentas mientras él lo devoraba con fruición. Por los ingresos realizados, Harry pudo darse cuenta de la importancia del negocio.

Pero le faltaba saber muchas cosas.

Así, cuando acabó el desayuno y la joven terminó con los números, él encendió un cigarrillo preguntando:

—¿Dónde está la destilería, Marga?

—En los sótanos, señor. Al lado de la bodega.

—¿Vamos a verla?

—Como usted quiera.

Le precedió, después de haber sacado un manojo de llaves de la caja. Y después de abrir la puerta que estaba al otro lado del mostrador, bajaron por una escalera estrecha, pero profusamente iluminada. Llegaron al fondo donde apareció una réplica exacta del túnel convertida en inmensa bodega.

—Aquí —explicó la joven— guardamos la reserva de todos los licores que teníamos cuando se votó la prohibición. Como puede usted ver, hay una gran cantidad de *whisky* escocés y de coñac francés. Los precios de estas botellas son ahora cien veces superiores a cuando las servíamos antes.

—¿Y la destilería?

Había una pared al fondo de la bodega, con una puerta que la muchacha abrió, dando la luz y haciéndose a un lado para que Harry entrase el primero...

Al otro lado de la pared había una gran sala con máquinas de destilación y mezcla, pero en muy pequeña escala y nada comparable con la instalación que Renison había visto en la fábrica de Mussen.

—Bien —dijo, una vez lo recorrió todo—. No creo que perdamos el tiempo con esto. ¿Se había hecho algo aquí?

—No —repuso Marga—. El señor Yost se disponía a empezar pronto.

—No será necesario utilizar estos cacharros. Por el momento no destilaremos, ya que nos servirán bebidas sin que tengamos que molestarnos en fabricarlas.

—Como usted quiera, señor.

Ella —y aquello extrañó al joven— no le había mirado con repulsión o miedo, lo que demostraba palpablemente que Marga estaba acostumbrada a todo y por eso se había convertido en la persona de confianza del difunto Yost.

Una vez de nuevo arriba, ella puso las llaves en su sitio.

Luego dijo:

—Debo irme, señor Renison. Vengo cada mañana a hacer las cuentas, pero

me vuelvo después a casa, pues empiezo la jornada a las seis de la tarde.

—Perfectamente. ¿Cuánto gana ahora, Marga?

—Trescientos, señor.

—A partir de hoy, ganará quinientos.

—¡Muchas gracias, señor!

—No me las dé. Verá, Marga... yo no voy a poder estar aquí todo el tiempo y deseo que lleve usted las cosas como si fuesen suyas. Más adelante, además del sueldo, que podemos ir aumentando progresivamente, hablaremos de una participación en el negocio, ¿qué le parece?

—¡Un sueño, señor!

—Pues considérelo como una realidad. Hágase cargo de todo, de modo que yo no me vea obligado a perder mucho tiempo.

—No perderá usted ninguno, se lo aseguro.

—Perfectamente. Ahora puede disponer.

—¡Hasta la tarde, señor!

Harry dijo:

—Hasta la tarde.

Harry encendió un cigarrillo, viéndola alejarse hacia la salida. Era curioso que no le llamase la atención, a pesar de que era muy bonita. Pero el recuerdo de Susan estaba aun fuertemente anclado en él y no podía concebir mujer alguna, que no fuese ella.

Decidido a ir a ver a Mussen para ver cómo le iba a ser servido su pedido de cerveza y *whisky*, Renison abandonó el local, después de cerrar cuidadosamente todas las puertas. El sol seguía esplendoroso y el otoño se anunciaba excelente.

Fue al salir a la calle cuando recordó que no tenía coche. Decidió decir a Paul que lo mandase a recoger al parque. Luego, andando, se dirigió hacia el centro de la ciudad. Allí compró un periódico a un vendedor que lo voceaba en una esquina.

Cuando consideró que ya había estirado las piernas lo suficiente, llamó un taxi y le dio a dirección de Mussen. Una vez arrellanado en el asiento, abrió el periódico.

La noticia le dejó helado. Y tuvo que leerla un par de veces para demostrarse a sí mismo que no estaba viendo visiones.

DOBLE ASESINATO EN KING-PARK

La policía descubrió, en las primeras horas de la mañana y junto a un coche parado en la carretera principal, los cuerpos de dos hombres; apuñalados y muertos, según parece, unas seis horas antes, aunque todavía no se conocen los informes del forense. Tampoco se pudo precisar la identidad de los muertos, pues estos no llevaban documentación alguna consigo. De todos modos, la Policía parece

conocer a uno de ellos. Se trata de un tal Salvatore, fichado anteriormente por tenencia ilícita de armas. Se están haciendo las pertinentes diligencias y...

No leyó más.

Estaba perplejo, preguntándose cómo podía haber ocurrido aquello y quién podía haber matado a los dos italianos cuando él los dejó, vigilando su coche.

Por un momento pensó que Mussen, en contra de lo que había prometido, le había hecho seguir por algunos hombres de su banda, para protegerle sobre todo. Y se dijo que iba a ponerle a Paul las cartas sobre la mesa, aunque poco después llegaba a la conclusión de que Mussen no podía haber sido.

Cuando estuvo ante Paul y éste le felicitó por la labor realizada, preguntándole por qué había eliminado a los dos tipos del parque, Harry comprendió que algo raro pasaba, ya que Mussen, como veía ahora, no era el culpable de aquellas dos muertes.

«Tengo que abrir bien los ojos...» —se dijo, mientras escuchaba los planes de Paul, que le estaba prometiendo un primer envío de bebida para aquella misma noche.

* * *

Luigi fumaba nerviosamente. E incapaz de estar sentado por más tiempo, abandonó el sillón de su despacho y empezó a pasear por la estancia como una fiera enjaulada.

Consultó el reloj.

¿Cuándo demonios volvería Renato?

Hacía ya casi tres horas que había salido y tenía tiempo de haber recogido los informes que él necesitaba con toda urgencia.

Volvió a servirse otro vaso y bebió el contenido de una sola, vez, pero sin sentir placer alguno, ya que tenía los nervios a flor de piel y la furia que incubaba en su interior le consumía como una fiebre mala.

En aquel momento, el interfono sonó cuando iba a servirse otro vaso.

—¿Diga?

—Renato ha llegado, jefe.

—¡Hazlo subir, imbécil! ¡*Presto*!

—Enseguida.

Momentos más tarde, Renato penetraba en la habitación.

Era alto, moreno de piel y cabello, con un bigotillo finísimo que parecía un trazo de carboncillo sobre su labio superior, iba elegantemente vestido, aunque su corbata era muy chillona y denotaba un gusto execrable.

—¿Qué hay? —inquirió Luigi de sopetón y con la ansiedad pintada, en el rostro.

—Es cierto jefe. Harry se ha hecho cargo del «Tunnel».

—¿Y Yost?

—Muerto.

—¿Y sus muchachos?

—Muertos también.

Luigi se mordió los labios.

—¡Nunca creí que ese revienta pisos fuese capaz de convertirse en un tipo así! ¡Ha matado a seis hombres en una noche! ¿Qué clase de locura se ha apoderado de él?

—Podemos curarle de esa locura enseguida, jefe.

—¡Ya lo sé! ¡Ya lo sé! Pero Mussen está detrás de él, ya que estoy seguro de que le ha protegido desde el principio.

—No personalmente, jefe.

—¿Qué quieres decir?

—Que Harry se los «cargó» a todos él solito.

—¡No es posible!

—Puede creerme, jefe. Marga es mi novia y no me mentiría. Me ha dicho, además, que Harry le ha subido el sueldo a quinientos a la semana y que va a darle participación en el negocio.

—¿Ha perdido la chaveta?

—Yo creo que no, jefe. Ese tipo es mucho más listo de lo que parece. Ha dicho a Marga que quiere que ella regente el negocio porque él deberá hacer otras cosas.

—¡Ya comprendo! ¡El muy imbécil! ¿Será tan estúpido de creer que va a poder repetir lo de Yost con los demás?

—Ése debe ser su proyecto.

Y como Luigi no dijese nada exclamó:

—¡Deje que me encargue de él!

Pero Firelli no despegó los labios.

¡Claro que le hubiese gustado acabar con aquel entrometido! Dar la orden a Renato le hubiera encantado... Pero no podía, al menos por el momento.

—Está bien —dijo al hombre—. Tus informes han sido excelentes.

El otro abrió los ojos.

—¿Es que no vamos a hacer nada, jefe? ¿Es que no vamos a vengar a Salvatore y a Nemo?

—Espérame abajo y ya te diré lo que hemos de hacer.

—Pero...

Luigi gritó:

—¡Lárgate, idiota! ¡Rápidamente! ¿O es que has olvidado que soy quien manda aquí?

Renato abandonó la estancia, cabizbajo, mordiéndose furiosamente los

labios.

Salvatore era su primo hermano.

Una vez sólo, Luigi se sentó, marcando un número en el teléfono particular que estaba pintado de azul.

Esperó pacientemente que descolgasen en el otro extremo y cuando lo hicieron.

—Soy Luigi, señor —anunció.

—¿Qué hay?

El italiano transmitió a su comunicante todo lo que Renato acababa de contarle. Luego, al terminar:

—Eso es todo.

—Bien. Coincide con los informes que nos han llegado a nosotros.

—¿Qué hacemos con él, señor?

—No podemos eliminarle, Luigi. Ese muchacho vale mucho y, si conseguimos convencerle, será un buen elemento.

—Pero...

—Déjame hablar. Sabemos que Mussen va a servirle cuatro camiones esta noche. Tú vas a enviar a unos cuantos hombres para que se encarguen de los camiones. Quiero una destrucción total. Luego uno de los tuyos llamará por teléfono y nosotros nos encargaremos del resto. Tenemos que cuidar la opinión pública, no lo olvides.

—Bien, señor.

—Respecto a nuestro hombre, quiero que le deis una buena lección. ¡Pero ojo! Deseo que se mantenga de pie después de ella. ¿Vas a encargar a Renato?

—Sí. Irá con Enrico.

—Perfecto. Dile a Renato que, si se excede, lo pasará muy mal y que tendrá que salir corriendo de la ciudad, si es que le damos tiempo para escapar. Dale instrucciones concretas: la lección debe ser fuerte, pero sin estropear a ese tipo. ¿Entendido?

—Sí.

—Bueno. Puedes aprovechar la ocasión para servirle a Harry cuatro camiones de bebida. Así mataremos dos pájaros de un tiro: daremos una lección a Renison, para que no sea tan vehemente y daremos otra a Mussen para que conozca nuestra existencia.

Luigi preguntó:

—¿Todavía no le ha hablado usted?

—No. Pero pienso hacerlo muy pronto... por medio de ti.

—¿Y Temple?

—James está a nuestro lado, ya lo sabes. Por el momento es el mejor, ya que vive apartado y tranquilo. Pero lo que necesitamos es poner la mano en la fábrica de Paul. Si después del aviso de esta noche no quiere atender a

razones, entonces la siguiente lección será más dura.

—Me parece bien.

—Con la fábrica de Mussen y los sectores tranquilos, la vida tendrá para todos nosotros un color francamente rosa. ¿No te parece, Luigi?

—Desde luego, señor.

—Llámame mañana por la mañana bien temprano y me dices lo que se ha hecho y cómo se ha hecho.

—De acuerdo.

—Nada más, Luigi. ¡Y mucho cuidado!

—Lo tendré, señor.

Colgaron al otro extremo y Luigi Firelli hizo lo propio.

Luego llamó a Renato y le indicó lo que debía hacer.

Al oír que su jefe le autorizaba a dar una lección a Harry, el italiano sonrió ferozmente.

—¡No se olvidará fácilmente de mi visita, jefe!

—¡No seas idiota! Si lo estropeas, puedes ir diciéndome la clase de flores que quieres que te pongamos en tu tumba.

—Pero...

—Quiero que le des una lección, pero sin estropearle. Debe poder andar después... ¿entendido?

—Sí, jefe, entendido. Se hará como usted desea.

—Eso me gusta más. Di a Enrico que te acompañe. Y avisa a los otros. Hay qué interceptar los camiones de Mussen, que pasarán sin duda alguna por West Road. Vosotros le llevaréis los camiones a Harry.

—Bien.

—Puedes utilizar a Marga para evitar que sospeche. Y ten cuidado, ese tipo no se chupa el dedo.

—No tema, jefe. Lo haremos bien.

—¡Ojalá sea así!

CAPÍTULO VII



ENISON descendió un par de veces al local, saludando a Marga y echando al mismo tiempo una ojeada al interior de la sala. La animación era grande y el negocio marchaba sobre ruedas.

Como siempre, se despachaban los licores con botellas falsas y la gente parecía tranquila y satisfecha, sin dar importancia a los exorbitantes precios que se le hacían pagar.

—Espero unos camiones, Marga —dijo Renison a la muchacha—. Haga el favor de avisarme cuando lleguen. Estaré en el despacho.

—Así lo haré, señor.

Harry volvió al piso superior, se sentó ante la mesa y encendió un cigarrillo para poder reflexionar mejor.

Ardía de impaciencia por dar el nuevo paso, pero tenía que convenir en que no podía precipitar las cosas. Indudablemente, Jim Temple era su primer objetivo, pero no podía resolver aquel asunto como lo había hecho con el de David.

Temple era un hombre desconfiado, que jamás recibía a nadie a no ser en presencia de sus guardaespaldas, que jamás se separaban de su lado. Y, naturalmente, después de saber lo que Harry le había hecho a Yost, estaría sobre aviso y nunca se atrevería a entrevistarse a solas con Renison.

Tenía que encontrar otra manera.

¿Y si intentase asociarse con él?

Le gustó la idea y se dijo que obrar así era preferible a emplear la violencia. Ganándose la amistad de Jim, podría, esperar el momento de quitarlo de en medio, cuando el otro no sospechase ni remotamente de sus intenciones.

Naturalmente, el mayor obstáculo para aquel plan era Paul, ya que no debía olvidar Harry que estaba, por el momento, bajo las órdenes del hombre que había ordenado el asesinato de Susan.

¿Y qué pensaría Mussen de una asociación Renison-Temple?

Claro que esto último podría hacerse «bajo cuerda», sin que Paul sospecharse nada. Incluso podría llegar a un acuerdo con James, vendiéndole las bebidas salidas de la fábrica de Mussen, sin que este supiera nada, ya que se alegraría de la venta excelente que creería siempre proceder del barrio de Renison.

Convencido de que había encontrado la manera de seguir avanzando en el difícil camino que había tomado, Harry se sirvió un vaso de excelente escocés, encendiendo un nuevo cigarrillo y diciéndose que, decididamente, iría a la mañana siguiente a ver a Jim Temple.

Fue entonces cuando el interfono se dejó oír.

Harry movió la palanca.

—¿Sí, Marga?

—Los camiones acaban de llegar, señor. Uno de los conductores me ha avisado.

—Gracias, preciosa. Bajo enseguida.

—Bien, señor.

Abandonó el despacho y se dirigió al bar. Y cuando estuvo al lado de Marga preguntó:

—Están a la entrada del sótano, ¿verdad?

—Sí. Le he dado la llave al chófer para que meta dentro los camiones. No conviene que se queden en la calle.

—¡Es usted genial, Marga! Tuve vista al hacerla mi socio.

—Gracias, señor.

Entregó las llaves a Harry que se dirigió hacia la puerta y descendió luego por la estrecha escalera. Cuando llegó abajo, vio los camiones dentro del sótano. La puerta de la calle había sido cuidadosamente cerrada.

—¡Hola, muchachos! —saludó, avanzando hacia los chóferes que estaban junto al primer camión.

Pero en aquel preciso momento algo duro se apoyó en su espalda.

—¡Quieto, Harry! —amenazó una voz detrás de él—. Un movimiento y te dejo seco.

Alguien, que debía estar junto al que le amenazaba con la pistola, se acercó a él, le registró y le quitó la Luger.

—Puedes volverte.

Los labios de Renato dibujaban una sonrisa cruel y sus ojos tenían un brillo nada tranquilizador.

—¿Sorprendido, eh, Harry? —rió.

Y como Renison no dijese nada censuró:

—¡No te costó mucho asesinar a mi primo Salvatore y a su amigo, ¿eh? Los atacaste por la espalda, como un cobarde que eres...

—Yo no los maté.

—Ya lo sé: los pobres murieron de viejos. ¡Átale las manos a la espalda, Enrico!

El otro italiano obedeció en el acto, demostrando que sabía hacerlo, pues Harry sintió la cuerda hundirse dolorosamente en la carne de sus muñecas.

Luego Renato, se dirigió a los otros diciendo:

—Id descargando, muchachos —y volviéndose a Harry dijo—: Esta vez te servimos nosotros, amigo... Luigi no es rencoroso y te ha mandado estos cuatro camiones que, a tres mil créditos cada uno, hacen, si no me equivoco, doce mil «pavos».

—¡No os pagaré ni un centavo! Perdéis el tiempo descargando aquí.

—No te preocupes... ya cobraremos. ¡Enrico!

—¿Qué?

—Átamelo a aquel pilar. Bien, ¿eh? Sobre todo sujeta bien las piernas.

Mientras, los chóferes seguían descargando y colocando las botellas en los anaqueles.

—Perfecto —dijo Renato—. Ve a la chica y dile que el señor Renison dice que te entregue doce mil créditos. ¿Visto?

—Sí —repuso el otro.

Se alejó hacia la escalera y Renato se acercó a su prisionero.

—Voy a decirte la verdad, cerdo inmundo —dijo entre dientes—. Salvatore era mi primo hermano y ahora me gustaría hacerte tiras para que vieses cómo se venga a un italiano asesinado cobardemente; Pero no me dejan hacerlo porque, según parece, empiezas a ser un tipo importante...

Su mano salió disparada, dando en los labios de Harry, que empezaron a manar sangre en abundancia.

—De todos modos —siguió diciendo el italiano—, no te hagas ilusiones. La lección que voy a darte ahora creo que te servirá, si es que tienes algo dentro de la mollera...

Se acercó más a él, arrancándole la ropa a trozos, tirando de éstos por entre las cuerdas, hasta que consiguió dejar desnudo el velludo tórax de Renison.

—¡No me equivocaba! —dijo mirando el pecho de Harry—. ¡Eres un verdadero Tarzán! ¡Un hombre de pelo en pecho!

Y lanzó una carcajada.

Uno de los chóferes se acercó entonces.

—Hemos terminado, Renato. ¿Qué hacemos ahora?

Renato exclamó:

—Largaos. Dejad los camiones en el garaje y marchaos a dormir.

—Bien.

Durante unos instantes, cuando se abrieron las puertas del almacén, el

ruido de los motores lo dominó todo. Luego, una vez cerradas las puertas, cosa que hizo Renato personalmente, el silencio volvió a hacerse en el enorme depósito subterráneo.

Iba Renato a acercarse al prisionero cuando Enrico apareció por la iluminada escalera.

—¡Ya está! —dijo, sonriendo y mostrando el fajo de billetes que llevaba en la mano.

—¿No ha sospechado nada la chica? —sonrió Renato, que quería conservar secreta su relación con Marga, a los ojos de Harry.

—No. Hace lo que su jefe le manda.

—Perfecto. Guarda el dinero y pásame el paquete que te di antes de salir.

El otro obedeció y sacó un paquete pequeño que tendió a Renato.

—¿Te das cuenta? —inquirió éste, con una sonrisa en los labios.

Y señaló el pecho de Harry.

—¡Pensaste bien! —exclamó el otro—. ¡Va a ser divertido!

—Ahora lo verás...

Deshizo el papel y sacó un rollo de ancho esparadrapo. Separó un buen trozo del resto.

—Va a doler un poco, Harry —dijo acercándose al prisionero.

Harry miró aquella tira de esparadrapo, preguntándose qué uso iba a hacer de ella el italiano.

Pero no dijo nada.

Estaba maldiciéndose interiormente, censurándose por haberse dejado engañar como el más idiota de los hombres. Y si ahora, por lo que había dicho Renato, iba a salvar la vida, también podía estar ya convertido en un «fiambre».

¡Había sido un estúpido!

Pronto salió de dudas en cuanto a las intenciones malévolas de Renato podía referirse.

En efecto, el italiano pegó la ancha tira de esparadrapo sobre el velludo pecho del joven, no dejando de sonreír ni un solo instante.

—¡Ya está! —dijo, alejándose un poco y mirando su obra—. ¡Debí dedicarme a la medicina, ¿eh, Enrico?!

—Tienes razón —rió éste.

Renato se acercó a Harry.

Dijo:

—Ahora viene lo bueno, muchacho. Claro que, si hubieses sospechado esto, seguro que te hubieras afeitado el pecho.

Cogió una punta de la tira.

—Este esparadrapo, querido amigo —explicó—, es especial. Se adhiere con una fuerza tremenda. ¿Preparado, cerdo?

Harry se mordió los labios.

Y entonces, Renato tiró con todas sus fuerzas.

Una sensación de intensísimo dolor recorrió el pecho de Harry, haciendo que las lágrimas saltasen de sus ojos.

Se había mordido los labios con tanta fuerza que la sangre manaba ahora de ellos con abundancia.

—¡Es un valiente! —dijo Enrico, con sincera admiración—. ¡No ha gritado siquiera un poco!

—No importa —dijo Renato, mirando de cerca la piel levantada del pecho de Renison—. Tiempo tendrá de gritar. ¡Dame otra tira, Enrico!

Por sí sólo el contacto era ya intolerable, ya que la piel se había levantado en muchos sitios y el contacto con la superficie de la nueva tira causaba el mismo dolor que si le aplicasen una plancha al rojo vivo.

Renato alisó la tira, apretándola contra la piel, haciendo sufrir más aún al prisionero.

Entre las lágrimas que habían quedado en sus párpados, Harry miró al italiano.

—¡Mejor es que me pegues un tiro, Renato!

—¿Por qué?

—Porque, si no me matas, te buscaré, aunque sea esto lo único que haga en mi vida...

—¡No digas tonterías! Ya pensarás dos veces la cosa antes de buscarme... Ahora aún tienes agallas, pero cuando haya tirado de este esparadrapo, me pedirás perdón, maldiciendo el no poder hacerlo de rodillas.

—¡Cobarde!

—Tú sí que lo eres. ¿O crees que he olvidado a Salvatore?

—¡Eres un imbécil, Renato! Yo no lo maté.

—Está bien... ¿preparado, cerdo?

Tiró nuevamente.

Esta vez, Harry no pudo ahogar el grito de dolor que salió de su garganta.

—Va perdiendo las agallas —dijo Enrico con una sonrisa de desprecio.

—Todos estos tipos son iguales —comentó Renato—. Fíjate cómo ha quedado la piel. Tardará unas semanas en cicatrizar y no podrá ni ponerse una camisa...

—¡Para eso es un Tarzán!

—Dame otra tira.

—¡No! —rugió Harry—. ¡Pégame un tiro, Renato! ¡Mátame y acaba de una vez!

—Ya te he dicho antes, imbécil, que sería lo más agradable que hiciera en mi vida... pero no me dejan.

Colocó la nueva tira sobre la piel de la que salía sangre en cantidad.

—¡Qué asco! —exclamó mientras la alisaba—. ¡Me estoy manchando las manos!

Poco después volvió a tirar, pero ya no obtuvo grito alguno de la garganta de Harry al que miró detenidamente, levantándole la cabeza que había caído hacia adelante.

—¡Será posible! —dijo, volviéndose a Enrico—. ¡Se ha desmayado!

—¿De veras?

—¡Vaya hombres! ¡Y decís que esto cuenta algo para el jefe!

—Sus razones tendrá.

—A mí «plim» —dijo Renato, encogiéndose de hombros—. Creo que Luigi estará satisfecho de lo que hemos hecho. Este tipo no olvidará la lección fácilmente.

—Desde luego.

Renato dijo:

—¿Nos vamos?

—Un momento...

La voz había surgido tras ellos, de la zona oscura. Ambos italianos se volvieron como rayos, mientras sus manos volaban en busca de las pistolas.

Pero la implacable muerte les había echado la vista encima y no llegaron ni a sacar sus flamantes pistolas.

Cuando se desplomaron, tenían como adorno un hermoso cuchillo hundido hasta la empuñadura en la garganta.

Cada uno de ellos, como es lógico.

Un hombre surgió de la oscuridad y antes que nada retiró los cuchillos que limpió con las flamantes ropas de los italianos.

Después abrió la puerta, se cargó los cuerpos, uno tras otro y los llevó hasta el coche de Renato, que éste había dejado unos metros más allá.

Los colocó en la parte posterior, sin preocuparse por el lamentable estado en que la sangre, que seguía manando de las heridas, iba a dejar el asiento y la alfombra, subió a la parte de delante y puso el coche en marcha. Lo llevó hasta la luminosa entrada de «La Trappola».

Bajó del vehículo, cerró la puerta y se acercó al portero uniformado:

—Ahí dejo un coche que os pertenece. Dentro tiene un regalo para Luigi.

—Muy bien, señor. Gracias.

—De nada, muchacho.

Y se alejó hacia la próxima parada de taxis.

* * *

Erly, uno de los cuatro hombres de Mussen, aporreó sin contemplaciones la puerta del dormitorio de su jefe.

Paul, que dormía con los puños cerrados, tardó en despertarse. Lo hizo sobresaltado, sin saber lo que le ocurría, hasta que, despabilado por los golpes que seguían cayendo sobre la puerta, saltó del lecho, se puso una bata y empuñando una pistola, preguntó:

—¿Quién es?

—Yo, Erly, jefe...

—¡Pedazo de imbécil! ¿Cómo te atreves a despertarme de este modo?

Abrió la puerta, fulminando al hombre con la mirada.

—Es importante, jefe.

—¿Importante? ¡Debía cortarte las orejas de burro que tienes!

—Perdone, pero...

—Pasa, mastuerzo y habla.

El otro obedeció y después de pasarse la lengua por los labios resecos comunicó:

—La «poli» se ha cargado los camiones que iban para Harry, jefe.

—¿La policía?

—Sí. Eso es lo que los periódicos publican esta mañana.

—¿Te ha llamado Harry?

—No, señor. Yo sí que lo he hecho... pero aquella chica que tiene de secretaria me ha dicho que no lo ha visto en toda la noche... y que llegaron unos camiones.

—¿Entonces?

—No sé lo que pensar, jefe.

—Espera, voy a llamar yo...

Iba a hacerlo, pero cuando tendía la mano hacia el combinado este empezó a sonar.

Paul descolgó de mal humor.

—¿Diga?

—Soy Luigi, Paul.

—¿Luigi? ¿Qué quieres?

—Decir que nos hemos agrupado todos, bajo las órdenes de un Consorcio. ¿Qué te parece?

Paul exclamó:

—¿Qué clase de cuentos son esos?

—Lo que te digo. Si deseas trabajar tranquilo, es mejor que te asocies con nosotros. Se te dará protección y...

—¡Yo no necesito protección de nadie! Soy ya mayorcito para cuidarme solo de mis asuntos...

La voz del italiano se hizo silbante.

—¿Es que no has leído los periódicos de la mañana, Paul?

Mussen se mordió los labios. Luego dijo:

—Ya sé que la «poli» se ha apoderado de mis camiones... pero...

—No hay peros, amigo. Si quieres que los polizontes te dejen tranquilo, haz lo que te digo.

—¡Vete al infierno! ¿Crees que no puedo comprar yo también a alguno de esos granujas?

—No podrás, Paul... tienen órdenes especiales... ¿Entiendes? «Especiales».

Hubo una pausa y como Mussen no dijese nada el italiano siguió hablando:

—Con el Consorcio tendrás toda clase de garantías. Además, hasta ahora todo te ha salido mal, Paul.

—¿Qué quieres decir? —saltó el otro.

—No nos engañemos. Tú protegiste a Renison e hiciste que tus muchachos colocasen la bomba en el coche. No te importó matar a uno de los tuyos, ya que lo que deseabas era que Harry trabajase contigo.

Paul preguntó:

—¿Y qué? ¿No he conseguido lo que quería?

—No has conseguido nada, muchacho. Esta mañana, el Consorcio ordenó a Temple que se hiciera cargo del «Tunnel»...

—¡Eso es mentira!

—Yo no miento, Paul. Hasta anoche, el Consorcio pensaba guardar un sitio para Harry... les era simpático ese hijo de perra. Pero las cosas han cambiado.

—No entiendo.

—Tu protegido se ha pasado de la raya. Empezó mal matando a David, que estaba a punto de ingresar en el Consorcio. Pero eso lo hubiésemos perdonado de no haber quitado de en medio a dos de mis mejores hombres. Anoche hizo otro tanto, no sé cómo. Pero mató a Renato y Enrico.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Mucho. El Consorcio quiere tranquilidad completa entre nosotros. La opinión pública cuenta mucho y ya que hemos tenido la suerte —que has tenido la suerte— de que la SIP no interviniese después de la muerte de su agente, no podemos permitirnos el lujo de convertir la ciudad en un campo de batalla. El negocio ha de hacerse a la chita callando, sin necesidad de armar ruido.

—¿Y qué ha decidido el Consorcio sobre Harry?

—Ya puedes imaginártelo: lo ha condenado a muerte. Todos nuestros muchachos, los de todos los barrios, incluidos los tuyos si eres lo suficientemente listo para seguir mis consejos, se dedicarán a cazarlo. Y lo matarán allí donde lo encuentren.

Mussen tragó saliva con dificultad.

—¡Entonces... ¿no hay nada que hacer con él?

—Nada. Respecto al control del barrio sur, no tienes por qué preocuparte. El Consorcio los hará trabajar a todos y repartirá los beneficios de una manera global. ¿Te decides, Mussen?

Hubo una pausa larga; tanto que Luigi preguntó:

—¿Estás ahí, Paul?

—Sí —contestó éste.

—¿Y cuál es tu respuesta?

—Acepto. Ya veo que no se puede hacer nada de otra manera. Y yo también quiero tranquilidad.

—¡Estupendo! Ven esta noche a «La Trappola». Nos reuniremos todos, los tres, con los componentes del Consorcio. Y cuando los conozcas te darás cuenta de que puedes dormir tranquilo... sin preocupaciones.

—Está bien. Hasta la noche.

—¡Adiós, Paul!

CAPÍTULO VIII



SÍ como una sensación de incomodidad le asaltó al abrir los ojos. Y como los recuerdos acudiesen velozmente a su mente, Harry se creyó aún atado al pilar, cara a Renato y al horrible rollo de esparadrapo que el italiano había manejado con tanta crueldad.

Pero, al mirar a su alrededor, se dio cuenta de que se hallaba en una habitación limpia, y soleada, echado en una cama y, cómo pudo comprobar después, con el pecho vendado, lo que le había causado aquella equivocada sensación de opresión al despertarse.

Recordando lo pasado, se estremeció al rememorar el indecible dolor que había padecido. Pero ahora, su interés estaba centrado en explicarse su presencia aquí, en aquel lugar desconocido, y saber cómo y quién le había sacado del sótano del «Tunnel».

En aquel momento se abrió la puerta y un hombre, moreno, peinado con raya a la derecha y bigote espeso, apareció bajo el dintel. Llevaba un cigarrillo en los labios que se quitó para sonreír.

—¿Ya se ha despertado? —preguntó acercándole al lecho.

—Sí. ¿Quién es usted?

—Un amigo. Lástima que no llegase a tiempo para evitar lo del pecho, pero no pude entrar en el almacén hasta que los chóferes de los camiones salieron. Y aún tuve que esperar un poco para actuar.

—¿Dónde estoy ahora?

—En mi habitación. El médico le curó y parece ser que podrá levantarse enseguida. Con el vendaje podrá andar.

—¿Y Renato y el otro?

La sonrisa se acentuó en los labios del otro.

—Se fueron... para no volver.

—¿Muertos?

—Sí.

Harry miró con atención al hombre.

Luego preguntó:

—¿Lo hizo... usted?

—Sí.

—Todavía no me ha dicho cómo se llama y quién es...

Fue en aquel momento cuando una voz sonó al otro lado de la puerta.

—¿Estás ahí, Carlo?

El hombre se volvió.

—Aquí, Dick, en mi cuarto.

Se oyeron unos pasos fuertes, apareciendo en el quicio otro hombre alto, fuerte; de cabellos negros, un poco rebeldes, ya que le caían sobre la frente.

—Hola —saludó, con un ademán. Luego, acercándose al lecho preguntó—: ¿Cómo va eso, amigo Renison?

—Mejor, gracias.

—Me alegro.

Entonces, el otro dijo:

—Nuestro amigo estaba preguntando quiénes somos.

El alto sonrió.

—¿No lo ha adivinado, Harry? Somos Carlo Daveira, éste. Yo soy Dick Doe. ¿No le habló el señor Callowan de nosotros?

—¡El Servicio de Ejecuciones! —exclamó Harry, mirando con admiración a los dos hombres. Luego—: Pero el señor Callowan me dijo que vendrían dentro de tres meses...

El portugués sonrió.

—¿Cree que hemos llegado demasiado pronto, amigo mío?

Renison se sonrojó de las injustas palabras que acababa de pronunciar.

—Perdonen —dijo, excusándose—. Su llegada ha sido bien oportuna para mí.

—No tiene que darnos las gracias. Lo que ocurrió es que el «viejo», que sabe más que nosotros de la vida, pensó con razón que usted solo iba a tener dificultades enseguida. Por eso nos envió. Y no nos hubiésemos metido en nada a no ser por lo de la otra noche.

—¿De la otra noche?

—Sí —rió Doe—. Lleva usted dos días durmiendo, gracias a unas pastillas que le dio el doctor. Dijo que era conveniente que la cicatrización se hiciese mientras usted descansaba.

—Comprendo.

—Ahora —siguió diciendo Doe— las cosas han cambiado mucho para usted.

—¿Qué quiere decir?

—Las bandas se han unido.

—¿Es posible?

—Como lo oye. Se ha formado un misterioso Consorcio, que apoya y reúne a los tres. Temple, por orden de ese Consorcio, se hizo cargo del sector que regentaba usted...

—¿Y Mussen?

—Forma parte del Consorcio.

—¿Cómo? ¿Ha consentido perder la ambición que le empujaba?

—No tenía más remedio que hacerlo. Comprenderá usted que lo que todos esos granujas desean es dar a la ciudad una apariencia de tranquilidad perfecta. Suprimiendo los tiroteos por la calle, impidiendo que los ciudadanos puritanos tropiecen, al salir por la mañana al trabajo, con cadáveres en plena calle, ellos podrán trabajar tranquilamente y envenenar la población con los infectos licores que saldrán de la fábrica de Mussen.

—Pero... ¿y la policía?

—Usted la conoce bien. Hay buena gente entre ellos, pero deben obedecer órdenes y esas órdenes no existirán si nada pasa en la ciudad. ¿Comprende?

—Creo que sí.

—Con tranquilidad, todo irá a las mil maravillas para ellos, ya que sin llamar la atención, sobre todo de la SIP, a la que se le dio toda clase de explicaciones prometiendo la policía local que arreglaría el asunto sin ayuda, podrán hacer lo que quieran. Y ahí intervenimos nosotros. Porque nuestra misión va a ser la de armar jaleo, la de llevar la contraria a esa tranquilidad que tanto aman los puritanos.

—¿Y yo?

—Si lo desea, usted trabajará con nosotros. Hemos esperado a que se repusiese para preguntárselo.

—¡Pueden contar conmigo! Ya saben que no pararé hasta que haya terminado con todo esto... sobre todo con Mussen.

—No se preocupe: esa pieza le pertenece y se la dejaremos.

—Gracias.

—Ahora vamos a probar si puede levantarse y andar un poco.

—¿Qué si puedo levantarme? —exclamó Harry, saltando del lecho y corriendo de un lado para otro de la habitación—. ¿Me han tomado acaso por un pobre inválido?

Y rieron los tres, mientras, a pesar de la buena voluntad de Renison, tenían que ayudarle a vestirse.

* * *

Los dos poderosos coches se detuvieron a la entrada de la fábrica de Mussen. Éste bajó del primero y esperó que descendiesen del otro sus queridos amigos Luigi y Temple.

Todo eran sonrisas, después de la reunión de la noche anterior con el Consorcio, cuyos personajes habían convencido definitivamente a Paul de que al fin había elegido el mejor camino, el más seguro.

Ahora no tenía más que esperar, con la caja de caudales abierta, a que los billetes fueran entrando en ella, cada vez con un ritmo más acelerado.

Precediendo a los ilustres visitantes, Paul, con un gesto de legítimo orgullo, fue mostrándoles las dependencias de la fábrica, donde desde aquella misma mañana habían empezado a trabajar doscientos obreros.

Las máquinas se movían velozmente y sobre las correas sinfín, las botellas formaban una impresionante e interminable hilera.

—¿Qué os parece?

—¡Fantástico! —exclamó Temple—. ¿Cuántas botellas preparas al día?

—Quince mil...

—¡No está mal!

—Pero puedo aumentar la producción en cuanto quiera.

Luigi sonrió.

—Tu fábrica soluciona todos los problemas de abastecimiento, querido Paul. Además, vas a hacerte famoso, ya que el Consorcio te ha permitido guardar la marca «Mussen» en todas las bebidas.

—¡Es que suena bien! —apuntó James.

Paul enrojeció de orgullo.

—Ya podéis ir haciendo pedidos grandes, muchachos. Detenemos el trabajo de las máquinas a las siete de la tarde y dedicamos hasta las diez para la carga de los camiones. Luego los obreros se van y no quedan aquí más que mis hombres de guardia.

—Excelente sistema.

—¿Nos vamos? —propuso Luigi—. Ya sabéis que hoy es mi día de invitación y que vais a comer conmigo.

—De acuerdo.

Abandonaron la fábrica y poco después los dos vehículos corrían hacia la

ciudad.

* * *

—Tú juegas, Tom...

Estaban los cuatro en la oficina de la fábrica, sentados alrededor de la mesa con tapete verde. Sobre éste, las cartas se movían rápidamente, saliendo de las manos de los jugadores.

—Subo a trescientos... —dijo Erly.

Frank le miró de mala manera.

—¿Es que no sabes más que aprovecharte cuando tienes buenas cartas?

Erly lanzó una carcajada.

—¿No oís a éste? —exclamó, luchando con las lágrimas que la risa había llevado a sus ojos—. ¿Qué tengo que hacer, «panoli»? ¿Perder para que tú ganes?

Intervino Olwer.

—No os enfadéis, muchachos. Ya conocéis las cartas. Son caprichosas como mujeres.

—¡Quién va a hablar! —gruñó Frank—. Hablas así porque vas ganando. ¡Se podría ver la cara que pondrías si perdieses como yo!

—Bueno, como quieras.

—Subo a trescientos —repitió Erly.

—Yo no voy —volvió a gruñir Frank.

—No sé de qué te quejas —dijo Olwer—. Antes teníamos que estar corriendo de un lado para otro durante toda la noche, acompañando a los camiones protegiendo la carga. Ahora, desde que todos los jefes se han unido, nos sobra el tiempo para jugar. ¡Menudo enchufe hemos cogido!

—Yo no me quejo de nada.

—¿Entonces?

Erly tomó el dinero y dio la baraja a Frank para que repartiese.

—Te toca a ti. A ver si ahora que das tienes más suerte.

—¡Muy gracioso!

Había empezado Frank a dar las cartas cuando, de golpe, la puerta se abrió, dando paso a, Harry; después a Carlo Daveira y por último a Doe.

Cada uno esgrimía una pistola.

—¡Buenas noches, chicos! —exclamó Renison.

—¡Tú! —dijo Frank.

—El mismo —repuso el joven—. Por lo que veo, desde que el Consorcio funciona, os estáis dando una vida de príncipes.

—¿Qué buscas aquí? —inquirió Tom.

—Eso no te importa, muchacho... ¡Quitadle las armas!

Carlo demostró ser un hacha en registrar tipos. Por eso, cuando Erly quiso impedirlo, recibió un puñetazo en plena boca, que lo arrojó contra la pared.

—¡Quietos! —rugió Doe—. Tenemos mucho trabajo esta noche y no podemos perder tiempo con medias tintas como vosotros. ¡Átalos bien, Carlo!

—De acuerdo.

Momentos más tarde, sin que Harry y Doe dejaran de apuntarlos con sus armas, los cuatro granujas estaban convertidos en verdaderos salchichones humanos.

—Normalmente —dijo Carlo, mirándoles con una sonrisa—, costaría mucho dinero encerrarlos, esperar la hora del juicio y luego no hay que olvidar que la Cámara Electrónica es cara... Por eso vamos a ahorrarnos muchos créditos enviándoos directamente donde de todos modos iríais: al infierno.

—¿No vais a matarnos cobardemente? —reconvino Frank, cuya frente se había cubierto de sudor.

—No te preocupes. Esperad aquí tranquilamente. Os prometemos un billete especial para el otro barrio. Será un trato mucho más humano que el que vosotros disteis a los que tuvieron la desgracia de caer en vuestras sucias manos de criminales. ¡Vamos!

Abandonaron el despacho y bajaron al local general de la fábrica. Harry cogió la maleta que habían dejado allí.

Renison abrió la maleta y sacó unos paquetes.

—¿Cómo habéis dicho que se llamaba esto? —inquirió.

—«Pirogenina». Pero no te olvides de poner el paquete gris junto al despacho donde hemos dejado a esos granujas. No me importa que mueran, pero no quiero que lo hagan ardiendo. La «pirogenina» produce un fuego tremendo y sufrirían demasiado.

Harry miró a Doe con admiración.

—¡Sois más humanos de lo que la gente puede creer!

—No somos criminales, Harry: hacemos justicia, eso es todo.

—Comprendo.

Se distribuyeron las cargas entre sí y fueron a colocarlas sobre las máquinas. Luego, mientras Carlo y Harry anudaban la instalación general que iba a provocar la catástrofe, Doe subió al despacho.

Los bandidos le miraron con ansiedad.

—Paciencia, chicos. Os aseguro que será muy rápido.

Salió y dejó el paquete ante la puerta; luego lo unió a un hilo que conectó después con los que habían preparado los otros.

Cuando la labor se terminó, los tres amigos abandonaron la fábrica, subiendo al coche que habían dejado en la puerta.

—¿Cuánto tiempo has calculado? —inquirió Doe.

—Cuatro minutos —repuso Daveira.

—¡Haber avisado, mendrugo! —exclamó Doe, poniendo el coche en marcha y apretando el acelerador a fondo—. ¡Si te descuidas nos haces arder también a nosotros!

—No temas —dijo Carlo—. Ya sabes que te quiero bien.

—¡Vete al diablo!

Y después de una pausa, volviéndose apenas, dijo:

—Ya verás, Harry, el disgusto que se van a llevar los nuevos amigos. Sin fábrica, no podrán disponer del licor que necesitan y aun uniendo las pequeñas destilerías del italiano, de Temple y de David, no conseguirán producir ni una décima parte.

—¿Resultado?

—Disgusto en los consumidores, menos ganancia, protestas del Consorcio. Aunque no hemos terminado de causarles daño. ¿Vamos por la segunda broma?

—¡Adelante!

El vehículo atravesó Central Bridge, tomando luego el camino que se dirigía al «Tunnel».

A medida que se acercaban al antiguo local de Yost, Harry no pudo evitar el pensar que sin la ayuda de la SIP, en el momento oportuno, no hubiera conseguido, a pesar de su buena voluntad, lo que iban a lograr los tres en una sola noche.

Había contado demasiado en la fuerza de su odio, ignorando que esta pasión es negativa y no es con odio como se consiguen las cosas, sino con la fe en la justicia que tenían sus compañeros.

Estaba aprendiendo mucho.

Sobre todo, a voces cuando se paraba a pensar, llegaba a la conclusión de que no odiaba a Mussen por haber sido quien ordenase la muerte de Susie, sino que lo despreciaba, sin temerlo, considerándolo del mismo modo que un médico considera a un microbio infeccioso, creyéndolo un peligro para la humanidad y considerando como un deber el suprimirlo.

Su odio personal había huido... no sin que experimentase una sensación dolorosa y avergonzadora, como si traicionase los sentimientos que tuvo hacia Susie...

El vehículo se detuvo.

Carlo dijo:

—Ve tú primero, Harry. Procura acercarte a esa serpiente y dale el susto que merece. Nosotros estaremos alerta. ¿Llevas los paquetes pequeños de «pirogenina», Doe?

—Sí.

CAPÍTULO IX



AS champaña, camarero!

Saltaron en el aire los tapones y se entrechocaron las copas.

—¡Por el Consorcio!

—¡Por nosotros!

Estaban ebrios, ya que la comida se había prolongado para convertirse en cena.

La alegría estaba pintada en todos los rostros, donde la congestión ponía rojos intensos.

El salón privado de «La Trappola» había sido adornado con profusión, pero ahora las serpentinas caían en el suelo, los globos de colores estaban pegados al techo y bajo la mesa yacían las botellas, por docenas...

—Amigos —dijo Temple, poniéndose en pie con dificultad—. Basta de brindis. Consideremos esta fiesta íntima como lo que representa: hemos llegado donde queríamos y los negocios son lo que jamás habíamos podido soñar. Gozamos de protección, la ciudad está tranquila, serena, en orden... ¡Viva, el Consorcio!

—¿No decías que no más brindis? —rió Mussen, poniéndose en pie a su vez.

Estaba dispuesto a hacer su discurso, a decir que todo iría bien gracias a su maravillosa iniciativa, a su sentido de organización; que debía haber llamado favorablemente la atención del Consorcio.

Pero un hombre se acercó al italiano en aquel momento y le habló al oído.

Luigi se disculpó tras levantarse:

—Perdonad, amigos... el teléfono. Enseguida vengo.

Apoyándose en las paredes, salió hasta la habitación vecina. Tomó el aparato y se lo llevó al oído.

—¿Diga?

—Soy yo, Luigi.

—¡Usted, señor! ¡Qué alegría! Estábamos brindando por ustedes dos en este momento...

Exclamó:

—¡Calla, estúpido! Ya sé que estáis emborrachándoos como cerdos desde mediodía... ¿Y sabes lo que ocurre ahora?

—No.

—¡La fábrica de Mussen está ardiendo por los cuatro costados! La policía y los bomberos están allí, pero parece que no hay nada que hacer. ¿Es así como cuidáis del negocio, banda de puercos?

—Pero...

—Comunica eso a tus amigos, a ver si brindáis por las llamas. ¡Quiero que vayáis allí ahora mismo y os enteréis de algo! ¡Moveos, banda de cretinos!

—Sí, señor. Yo...

Pero habían cortado bruscamente al otro lado.

Luigi corrió al comedor y comunicó la triste nueva a ambos. Ni una tonelada de amoníaco hubiera logrado quitarles la borrachera de aquella manera tan rápida.

Completamente, despabilados, corrieron hacia los coches y se dirigieron como locos hacia el norte de la ciudad.

Ya al pasar por Liberty Bridge, vieron el reflejo de las llamas sobre el cielo cubierto de nubes.

—¡Mi fábrica! —rugió Mussen.

—Es una fatalidad —dijo James—. ¿Cómo diablo ha podido ocurrir? ¿No dejaste a tus hombres de guardia?

Paul dijo:

—Como cada noche. No me lo explico.

Estalló una explosión, enviando una constelación de chispas al cielo, cuando ya se acercaban.

—¡Algo salta! —exclamó Luigi, estremeciéndose.

Detuvieron los vehículos donde la policía había establecido un cordón de seguridad. Pero gracias a ser conocidos por las autoridades pudieron acercarse donde estaba el jefe de los bomberos de la ciudad.

Los helicópteros del servicio de bomberos sobrevolaron a la fábrica, lanzando sobre ella torrentes de espuma.

Con el rostro descompuesto, Paul se abrió paso entre los periodistas y reporteros hasta llegar junto al jefe.

Al conocerle, el hombre esbozó un saludo.

—¿Qué ha pasado? —inquirió Mussen—. ¿Cómo se ha iniciado este incendio?

—Es una cosa mala... —repuso el otro—. Un acto criminal, señor Mussen. Han empleado «pirogenina».

—¡Ah!

—¿Había alguien dentro? —inquirió el bombero.

—¿Qué dice usted? —preguntó Paul, cuya mente estaba lejos de allí—. ¡Ah, sí! Un equipo de cuatro hombres... Pero ¿no cree que se podrá detener el incendio?

—Muy difícil, señor Mussen. La «pirogenina» se consume hasta la última gota. No creo que podamos hacer gran cosa por su fábrica.

Paul volvió junto a los otros.

Y cuando les hubo contado lo ocurrido, el italiano, vehemente como siempre exclamó:

—¡Ya sé quién ha sido!

—¿Quién? —inquirió James.

—¡Harry! Ese perro se está vengando ahora... ¡pero voy a lanzar a todos

mis hombres en su busca y no pararé hasta haberle aplastado la cabeza! ¡Vamos, aprisa!

—No —dijo Mussen—. Recuerda que los del Consorcio dijeron que nos quedásemos aquí. Esperaremos a ver si los bomberos hacen algo.

—¿Y tus hombres? —inquirió Temple.

—¡Eso qué importa ahora! —rugió Mussen—. Hombres así los tenemos a docenas. ¡Lo difícil será hacer una nueva fábrica!

* * *

Harry avanzó entre las mesas de los consumidores, con la cabeza inclinada, deseando que nadie le reconociese por el momento.

El «Tunnel» estaba tan lleno como de costumbre y un jolgorio constante reinaba en las mesas de los comensales.

A medida que se acercaba al mostrador, sus músculos se tensaron. Y cuando estuvo allí, vio que Marga atendía a un camarero, sin haberle visto aún.

Luego ella se volvió.

Renison vio que palidecía, poniéndose extremadamente blanca. Pero dominándose, logró enarbolar una sonrisa, mientras se acercaba al lado que él ocupaba.

—¡Buenas noches, señor Renison! —exclamó con voz de falsete.

—¿Te has sorprendido, eh, Marga?

—Un poco —admitió ella—; aunque esperaba su visita, para decir verdad.

—¿Ah, sí?

—Sí. Pero quiero decirle antes de que se haga ilusiones, señor Renison, que no tiene nada que hacer aquí, a menos que desee sentarse a una mesa, en cuyo caso le invitaré encantada. El negocio es mío.

Harry dijo:

—Ya he oído eso. ¿No te imaginabas pasar tan rápidamente de socia a dueña, eh?

—Lo pensaba desde el principio, cuando Renato me habló de usted, me di cuenta de que su reinado en el barrio Sur no iba a ser muy largo.

—Así que estabas de acuerdo con Renato, ¿eh?

—Siempre lo estuve.

—Por lo que veo, por tu traje, no has sentido mucho su muerte.

Ella se encogió de hombros.

—Renato no fue más que un paso en mi vida: ahora miro más alto.

—¿Puede saberse hacia dónde?

—Sí. Puedo decírselo: es muy probable que Jim y yo nos casemos.

—¿Temple?

—El mismo.

—¡Caramba! ¡Caramba! No te paras a mitad del camino, preciosa.

—Así es. Y ahora, si me hace el favor, lárguese de aquí, Harry... Este ambiente no es sano para usted.

Fue en aquel momento cuando el escándalo estalló.

Doe y Carlo, cada uno con una pistola en la mano, gritaban como energúmenos:

—¡Fuera de aquí! ¡Somos de la policía! ¡Sabemos que están consumiendo bebidas alcohólicas! ¡Largo o terminarán en la cárcel!

La gente no se hizo repetir la orden, y corrió hacia la salida.

Harry sonrió.

—Son mis amigos... ¿sabes, encanto? Vamos a quemar el local...

Los ojos de ella chispearon.

—Muy listo, Harry... pero podías haber empezado por otro. He soñado toda mi vida con algo como esto... y no voy a consentir qué un paniaguado como tú destroce mis ilusiones.

—¿Cómo vas a evitarlo?

—Ya veo que no podré —dijo ella, con un extraño tono de voz—. Fíjate en lo que hacen tus amigos.

Harry se volvió.

—¡Cuidado! —rugió la voz de Daveira.

Sin preguntar más, Renison se dejó caer, al tiempo que la explosión le estallaba detrás de los oídos, ensordeciéndole. Una quemazón se extendió por su nuca y oyó luego, como algo muy lejano, el estrépito de unos de los grandes espejos que se hacía añicos, por efecto de la bala que le iba destinada.

Doe corrió hacia él.

—¿Estás bien? —inquirió con ansia.

—Sí... gracias, muchacho... pero no comprendo...

Se había puesto en pie, volviéndose, justo para ver cómo Marga, con un cuchillo hundido en la garganta, se desplomaba, tras haber, dejado caer la pistola cuyo cañón humeaba aún.

—Carlo llegó a tiempo —dijo Doe, con una sonrisa—. Pero debes tener más cuidado, Harry...

—Gracias.

No hicieron más comentario.

El local estaba completamente vacío y no tardaron mucho en colocar los paquetes de «pirogenina», poniendo en marcha el aparato encendedor.

Cuando subieron al coche, una claridad rojiza salía del establecimiento.

—¡Ahora a «La Trappola»! —gritó Daveira.

No perdieron tiempo, repitiendo lo que habían hecho en el «Tunnel» en el local de Luigi. Luego se dirigieron hacia el norte de la ciudad.

Se veía todavía el resplandor del incendio de la fábrica; pero a ellos ya no les importaba aquello. Se dirigieron directamente al «Laurel», el local de Mussen, que ardía momentos más tarde.

—Ya no nos queda más que el de Jim —dijo Doe.

Y se dirigieron hacia el oeste, deteniéndose poco después ante el elegante «The Squirre».

Las llamas surgieron poco después de aquel sitio.

Mientras corrían hacia el centro de la ciudad, tuvieron que hacerse a un

lado para dejar paso a los coches de la policía, viendo que el cielo estaba lleno de helicópteros de los Servicios de Bomberos.

—Pobrecillos —comentó Carlo—. Van a trabajar horas extraordinarias esta noche.

Dos sonrió.

—El fuego lo purifica todo —dijo.

Y Harry dijo:

—Todo menos lo que se ha salvado. ¿Qué vamos a hacer con los culpables? —inquirió.

—No se puede hacer todo en una noche, muchacho —replicó Doe—. Ahora vamos a dormir y mañana veremos de qué manera han reaccionado nuestros queridos amigos.

Momentos después estaban en la casa que los dos agentes de la SIP habían alquilado. Y tras haber tomado una taza de té y fumado algunos cigarrillos, Carlo y Doe se fueron a la cama. Poco después se oían sus ronquidos.

Harry, que se había quedado en el salón, no pudo menos de estremecerse ante la sangre fría de aquella pareja famosa.

No era raro que la *Spacial International Police* contase con ellos para los casos graves. Con Carlo y Doe no había nada que hacer.

«Tienen fe —se dijo—. Algo que yo no he conocido jamás... ¿No te parece, Susie?».

Y por vez primera le pareció oír el susurro de aquella encantadora voz que tanto había amado:

«Sí, Harry querido... Estoy orgullosa de ti porque al fin has descubierto por ti mismo lo que significa estar al lado de la Ley».

* * *

Aquella noche, sin contar con los bomberos, fueron los tres amigos, Luigi, Temple y Mussen los que vivieron en una especie de pesadilla de la que se acordarían siempre.

Sin osar separarse, sabiéndose directamente amenazados por aquel misterioso peligro que parecía planear sobre ellos, fueron, al ritmo de las noticias, de un local a otro, para ver solamente que las llamas no perdonaban nada y que su colosal imperio se estaba convirtiendo en cenizas para siempre.

Silenciosos, cubiertos los rostros de una palidez mortal, fueron en los dos coches de un lado para otro: del «Tunnel» a la «Trampa», de esta al «Laurel» y de aquel a la «Squirre», frenéticos, contemplando, con horror, que sus madrigueras ardían por los cuatro costados, como si un «halali» formidable sonase en unas trompas que tenían todas las características, para ellos, de las trompetas del Juicio Final.

Finalmente, cuando llegó el alba, dejando ver el humo que subía aún lentamente hacia el cielo, se reunieron en la casa de uno de los lugartenientes de Temple, en el barrio Oeste, dejándose caer agotados en los sillones del *living*.

Durante un buen rato estuvieron en silencio.

Luego Mussen se lamentó:

—¡Qué horrible desastre! ¡Hemos perdido todo en una noche!

—¿Qué dirá el Consorcio? —inquirió Luigi, muy preocupado.

—¡Al diablo con él! —rugió Paul—. ¿Crees que voy a preocuparme por lo que esos señores digan? Ellos seguirán tranquilamente en sus sillones, ignorados de todos... ¡Un momento!

Le miraron con interés.

Y Temple preguntó:

—¿En qué estás pensando, Paul?

Porque el rostro de Mussen parecía haber perdido todo el cansancio de la terrible noche pasada y hasta se atrevía a sonreír.

—Creo —dijo—, amigos míos, que no debemos tomar esto a la tremenda. He pensado que el Consorcio debe ayudarnos a restaurarlo todo. Hacer nuevos locales, mucho mejores que los que teníamos y una fábrica más grande aún que la mía... ¿Qué os parece?

—Que has perdido la razón.

—No lo creas, Temple. El Consorcio estará muy interesado en que no digamos a nadie sus nombres. Y esto podemos utilizarlo como fuerza para obligarles a que lo restauren todo y a que nos protejan de verdad. Porque lo que ha ocurrido no es de nuestra culpa.

James sonrió.

—No es mala idea, muchacho. Creo que tenemos las mejores cartas en la mano y que sólo jugándolas bien podremos resarcirnos de lo que hemos perdido.

—¿Vais a intimidar al Consorcio?

—¡Naturalmente!

Luigi asintió a su vez.

—De acuerdo, contad conmigo.

El lugarteniente les llevó un desayuno y encendió la televisión mientras ellos empezaban a comer.

—¿Por qué enciendes eso, Burker? —inquirió Luigi.

—¡Déjalo! —dijo James—. Así podremos saber las noticias.

Hubo un poco de música hasta que apareció el rostro conocido del locutor.

—Señoras y señores —empezó a decir—: vamos a darles un resumen de las noticias de última hora. Todos ustedes saben ya, por las emisiones de esta noche, que una colosal operación de la policía ha terminado radicalmente con los antros donde, además de otras muchas cosas, se estaba traficando con bebidas alcohólicas, peligrosas más que prohibidas. Y decimos esto último porque el Consejo de la Ciudad, que se ha reunido esta noche, ha decidido anular la Ley de Prohibición, dejando en libertad completa la venta de licores y bebidas espirituosas...

—¿Habéis oído? —rugió Mussen.

—¡Calla!

»—La formidable operación de limpieza llevada a efecto por las fuerzas

del orden demuestra la actividad de nuestras primeras autoridades, sobre todo la del alcalde Walter Mara y la del jefe de Policía Robert Bishop...

—¡Canallas!

—¡Silencio!

»—Después de la destrucción de los antros que servían de guarida a los principales bandidos de la ciudad, se ha dado orden de capturar a los culpables de todo lo ocurrido. La policía ha recibido orden de apresarlos, disparando sobre ellos si se resistiesen. Los culpables son, señores telespectadores: James Temple, Paul Mussen y Luigi Firelli... La policía sospecha que estos tres malhechores se encuentran escondidos en una casa de un cómplice suyo llamado Burker Se agradecerá, no obstante, que los buenos ciudadanos nos ayuden con sus informaciones...

—¡¡Cierra!! —rugió Luigi.

Burker obedeció.

Se contemplaron en silencio, blancos como el papel.

Fue Luigi quien rompió, el silencio:

—¡No se saldrán con la suya esos granujas! ¡Os lo aseguro! Está claro como el agua que al verse perdidos, han suprimido la «ley seca» y lanzado la policía contra nosotros? ¡pero ellos se hundirán también!

—¿Cómo?

—Entregándonos. Ellos esperan que nos desesperemos y resistamos a las fuerzas del orden. ¡No lo haremos! Y luego, cuando vayamos a declarar, diremos la verdad, hundiéndoles para siempre. Y si nosotros terminamos en la Cámara Electrónica, ellos estarán a nuestro lado.

—¡Estás loco! —rugió Paul—. ¡Yo no quiero morir, todavía!

—¿Y qué vas a hacer, desdichado?

—¡Huir!

—¿Has perdido la cabeza? Toda la policía de la ciudad nos conoce y no podrías dar ni un paso fuera. Además, en cuanto te viesen, tirarían sobre ti sin piedad... Mientras que aquí, sacando una bandera blanca por la ventana, comprenderán que queremos entregarnos.

—¡Yo me voy! —rugió Mussen—. ¡Yo me voy!

Y escapó de la habitación, corriendo hacia la salida.

Los otros guardaron un silencio completo.

Hasta que las sirenas se dejaron oír.

Y Luigi dijo:

—Prepara un trapo blanco, Burker Y abre la ventana.

EPÍLOGO

Al despertarse, todavía no se había hecho de día, Harry vio luz en el living, vistiéndose aprisa para salir, viendo que Doe estaba fumando, junto al aparato de televisor, encendido pero con el sonido en sordina.

—¡Buenos días, Dick! —salado el joven.

Doe se volvió, sonriente.

—Hola, muchacho. ¿Has dormido bien?

—Bastante. ¿Y Carlo?

—Salió hace bastante rato. Y nosotros vamos a hacer lo mismo.

—¿Dónde vamos?

—A mirar un poco cómo caza la policía a nuestros queridos amigos.

—¿Cómo? ¿La policía?

—Sí, Harry. Las cosas han cambiado mucho en el curso de esta noche. Carlo y yo la hemos pasado al lado de la televisión. Porque lo esperábamos así.

—¡Pero si os pusisteis a roncar nada más caer en la cama!

—¿Cómo? ¿Roncamos?

—¡Como un aserradero!

—No lo sabía. Pero lo que sí sé es que Carlo y yo tenemos bastante con un par de horas de sueño... cuando hay trabajo, se entiende. Nos hemos levantado muy pronto hemos estado escuchando la televisión. El Consejo municipal ha estado reunido en sesión permanente. Se ha votado por la abolición de la «ley seca» y por la persecución de los culpables del tráfico de bebidas.

—¡Qué barbaridad!

—Pero además se ha dado un voto de confianza y de elogio a la policía, por su trabajo de limpieza de ayer noche, destruyendo los garitos de los culpables.

—¡Pero si fuimos nosotros!
—¿Y no somos nosotros la policía?
Doe se puso en pie.
—Vamos, amigo. No quisiera llegar tarde al espectáculo por nada del mundo.
Salieron y tomaron un taxi, pues Daveira se había llevado el coche.
Momentos después se detenían ante el cordón policiaco que estaba tendido alrededor de la casa donde se encontraban los bandidos.
Pero Doe pareció desentenderse de todo, mirando a los tejados de las casas vecinas.
Hasta que sonrió.
Harry, que se había dado cuenta de los manejos de su amigo, preguntó:
—¿Qué buscas, Dick?
—Aquel trapito rojo que han colgado en aquella azotea. ¿Lo ves?
—Sí. ¿Qué quiere decir eso?
—Que Carlo se ha salido con la suya. Lo que nos permite quedarnos aquí para ver obrar a las gloriosas fuerzas del orden. Mira, están colocando altavoces.
Así era.
Y momentos más tarde, los megáfonos desgarraban el aire silencioso de la mañana.
»—¡Atención! ¡Atención! ¡Estáis rodeados y no podéis hacer nada para salir! ¡Os invitamos a hacerlo, con los brazos en la cabeza!».
—Lo de siempre —musitó Doe, ahogando un bostezo—. Aunque presumo que lo que veremos será bastante interesante y aleccionador.
—¡Fíjate, Doe! Mara en persona...
—¿Quién es?
—El Jefe Superior en persona. ¿No lo ves? Aquel de cabellos canos.
—Es natural que venga para que la gente vea cómo apoya y defiende a las fuerzas a sus órdenes contra las órdenes del crimen.
—¿Por qué te burlas, Doe?
—Calla... Mira, ahora los bandidos sacan una bandera blanca.
El altavoz tronó momentos más tarde:
»—¡Está bien! Vemos vuestros deseos de rendiros, pero esperamos que eso no sea una trampa, pues en este caso obraríamos sin piedad... Un grupo de policías va a entrar en la casa... ¡Atención! ¡Atención!
Se rompió la puerta y un grupo de hombres, armados hasta los dientes, penetraron en el edificio.
La gente, que esperaba jaleo, musitó algo que no entendió nadie, pero que indicaba desilusión.
—Se han rendido —dijo Harry.
—Todavía no, muchacho.
Y en aquel momento una descarga, seguida de otras muchas, resonaron en el interior de la casa.

Hasta que se hizo silencio.

Luego carraspeó el megáfono, llamando la atención de los presentes.

»—¡Les había Walter Mara, ciudadanos! Podemos estar contentos de haber eliminado a la hez de la sociedad! Ahora, hace unos instantes, dos de los más peligrosos bandidos que jamás conoció esta ciudad, Luigi Firelli y James Temple, han caído bajo las balas de los policías, cuando, traicionando la bandera blanca que habían enarbolado, dispararon contra las fuerzas del orden. El tercer bandido, Paul Mussen, no tardará en caer en nuestras manos... ¡Gracias por vuestra colaboración, ciudadanos!

—¡Viva la Policía!

—¡Viva Mara!

Doe torció el gesto.

—Esto es de una teatralidad, deplorable —dijo con disgusto—. Vámonos, amigo. Ya nada hay que hacer aquí.

—¿Y Mussen?

—Ya lo has oído —e imitando la voz del jefe de policía—: «Pronto caerá, en nuestras manos».

Fue imposible encontrar un taxi y tuvieron que hacer el camino a pie, ya que los demás medios de locomoción estaban abarrotados del gentío que se retiraba del barrio donde ya habían acabado con los dos *gangsters*.

Subieron en el ascensor y llamaron a la puerta.

Carlo la abrió.

—¿Qué? ¿Os has gustado la función? —inquirió.

—No estaba mal del todo —dijo Doe.

Entraron en el vestíbulo y se dirigieron después hacia el *living*.

Fue al llegar allí cuando Harry lanzó un grito de sorpresa.

—¡Dios mío! —exclamó.

Paul Mussen, con las manos unidas por unas esposas, estaba allí, sentado en un sillón. Y al otro lado, cómodamente instalado en otro... ¡DONALD CALLOWAN!

Harry se abalanzó hacia el jefe de la SIP, estrechando la mano que este le tendía.

—¡Qué sorpresa más agradable, señor Callowan!

—Me alegro de que así sea, muchacho. También te ha sorprendido la presencia de éste, ¿verdad?

—Desde luego.

—Lo cazó Carlo, aunque no estábamos muy seguros. Daveira salió, decidido a intervenir si fuera necesario, para evitar que la policía matase a los tres... como se había dado la orden. Pero tuvo la suerte de tropezar con este granuja cuando escapaba por la puerta trasera de la casa de Burker Por eso Carlo colocó el trapo rojo, para que Doe supiese que todo había salido bien. No nos importaba que matasen a los otros: con uno nos bastaba...

Harry cerró los puños.

—¡Y precisamente éste! ¡No sabe cuánto me alegro, señor!

—Yo también. Y ahora vas a perdonarme. Doe y yo tenemos que hacer una visita, oficial, ya que estoy de incógnito. Te dejamos aquí con Carlo y el prisionero...

Harry asintió:

—Bien.

Callowan y Doe abandonaron la casa en el coche de los agentes. Doe lo conducía a gran velocidad hacia el Ayuntamiento. Allí, delante del edificio, había numerosos coches oficiales, lo que demostraba que se estaba celebrando una reunión importante.

Cuando Callowan mostró su documentación al policía de la puerta, éste enrojeció hasta las orejas, y llamó a uno de sus superiores para que condujese a los dos hombres al salón de sesiones.

El teniente de la policía se detuvo ante la puerta.

—Voy a anunciarle, señor Callowan.

Pero Donald dijo con un gesto:

—No hace falta. Ya nos anunciaremos nosotros solos. Gracias, teniente...

Empujó la puerta y un silencio se hizo al verle entrar. El orador, que estaba en pie, frunció el entrecejo.

Y Callowan avanzó sonriente seguido por Doe. Se detuvieron ante la mesa presidencial.

—Para los que no me conocen —dijo—, voy a presentarme: Donald Callowan, jefe de la *Spacial International Police*.

Pero todos lo conocían.

—Sólo voy a interrumpir unos instantes esta interesantísima reunión —dijo después—. Y como supongo que estaban ustedes hablando de la maravillosa acción que la policía ha hecho esta noche, quiero darles una alegría más; Paul Mussen está en mi poder...

—¡Eso no es cierto!

Callowan, sin dejar de sonreír, se volvió hacia donde había sonado la voz.

—¿Duda usted de mi palabra, señor jefe superior de Policía?

—Yo... —balbució el otro.

Callowan miró al orador.

—Y usted, señor alcalde ¿duda de mi palabra?

—No dudo.

—Bien. Mussen me ha contado cosas interesantísimas y creo, si no tienen inconveniente, que aquellas personas a las que interese verdaderamente conocer la confesión de Paul Mussen, deberían acompañarme... Estamos entre caballeros, señores... Aquí no hay bandidos y no espero que mi agente especial, del Servicio de Ejecuciones, aquí presente, tenga que emplear las armas...

Hubo un silencio espantoso.

Luego, el alcalde bajó de su tribuna y dijo:

—Creo que a mí me interesan esas confesiones, señor Callowan.

—¡Gracias, señor alcalde!

—Y a mí también —dijo el jefe superior, descendiendo de su asiento.

—Gracias... —y dirigiéndose al resto—. Pueden seguir la reunión, señores. Los que ahora se vienen conmigo tardarán bastante en volver... bastante... Y no olviden la experiencia de lo ocurrido: un puritanismo excesivo no conduce a nada práctico. Más vale prevenir que curar: es mi consejo. ¡Adiós a todos, señores!

Y salió del salón, acompañado por sus prisioneros.

* * *

Harry encendió otro cigarrillo.

Estaba nervioso, con el rostro pegado al cristal de la ventana, sin atreverse a volverse, fumando cigarrillo tras cigarrillo.

Carlo, sentado al otro lado de la habitación, leía una revista, mirando de vez en cuando al joven.

El prisionero estaba silencioso, con los ojos clavados en el suelo.

—¡No puedo más! —rugió Harry, volviéndose de repente y mirando a Daveira.

—Ya veo que estás nervioso —repuso Carlo.

Harry cerró los puños.

—¡Y debo estarlo! ¿No te pasaría igual a ti si te encontrases en mi situación?

—No lo sé, amigo. Pero lo que sí sé es que no debe uno dejar de hacer lo que considere justo.

—¿Hablas en serio?

—Completamente en serio.

Y señalando al prisionero, que ahora miraba a ambos, pálido como el papel.

—Tú empezaste todo esto para vengar a una mujer de la que estabas enamorado locamente. Hoy sabes o puedes saber con certeza que este hombre ordenó su muerte.

—¡No estoy seguro!

Carlo tiró la revista, poniéndose en pie.

—Vas a estarlo.

Sacó un cuchillo y acercándose a Mussen, que le miraba con los ojos desmesuradamente abiertos por el terror dijo:

—Ya sabes que no juego, Paul ¿Fuiste tú quien ordenó la muerte de Susan?

—Sí... pero... yo...

—¿Quién la mató?

—Mis hombres la mataron: Tom, Erly, Frank y Olwer... los que murieron en la fábrica.

—Pero tú les ordenaste que la mataran, ¿verdad?

—Sí.

Carlo se volvió y entregó el cuchillo a Renison.

—¡Ahí lo tienes, Harry! ¡Ahora ya sabes la verdad!

Harry avanzó, con el cuchillo en la mano. Luego, repentinamente, tiró el arma al suelo.

—¡No puedo, Carlo! ¡No puedo!

Daveira cogió el arma y la guardó en su complicado cinturón.

—Lo sabía. Y tenía la orden de impedírtelo, ya que las declaraciones de Paul van a servir de mucho. Terminará en la Cámara Electrónica, aunque yo hubiera querido ajustarle las cuentas: por lo de Susan... y por lo de Arthur.

—¡Yo no he podido, Carlo! ¡No sirvo! ¡Y pensar que quería ingresar en la SIP!

—Puedes hacerlo, porque todos esperábamos que lo hicieses. Pero ser de la SIP no significa matar a sangre fría: eso queda para los del Servicio de Ejecuciones. Y ya sabes que no podrías quedarte con nosotros... roncamos mucho.



COLECCIÓN S. I. P.

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

30.— Ídolos de barro.— *Alan Star*
31.— Hermandad negra.— *Johnny Garland*
32.— Tongo, ciudad podrida.— *W. Sampas*
33.— Emisión de muerte.— *W. Sampas*
34.— La peste dorada.— *Johnny Garland*
35.— Con el agua al cuello.— *Alan Star*
36.— Contrato fatal.— *Alan Comet*
37.— Muerte a distancia.— *Alan Star*
38.— El horror verde.— *Johnny Garland*
39.— ¡Muerte fosforescente!— *Johnny Garland*
40.— Garras invisibles.— *W. Sampas*
41.— Cráneo de plata.— *Johnny Garland*
42.— Rejas de arena.— *Alan Star*
43.— El signo de la momia.— *Johnny Garland*
44.— Fuego mortal.— *W. Sampas*
45.— Policía podrida.— *Alan Star*
46.— El planeta negro— *Johnny Garland*
47.— ¡Llega el Ku-Klux-Klan!— *Alan Star*
48.— La plaga azul.— *Johnny Garland*
49.— Agente femenino.— *W. Sampas*
50.— Cadáver en el espacio.— *Johnny Garland*
51.— La banda de los nictálopes.— *W. Sampas*
52.— ¡Callowan culpable!— *Alan Star*
53.— ¡S.I.P. contra la ley!— *Johnny Garland*
54.— Un gangster en la S.I.P.— *Alan Star*

El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la SPACIAL INTERNATIONAL POLICE.

Quería dominar al mundo entero y por eso tendió, en la oscuridad de su madriguera, una...

TELA DE ARAÑA

W. SAMPAS, el autor de la acción y de la intriga, en una de sus más impresionantes novelas.

S.I.P. SPACIAL INTERNATIONAL POLICE

6 PTAS

EDICIONES TORAY, S.A.

En Argentina: 9 pesos

Notes

[←1]

LA TRAMPA